

Cuadernos de
F.O.R.J.A.
FUERZA DE ORIENTACION RADICAL DE LA JOVEN ARGENTINA

Año I — Publicación Quincenal — Buenos Aires,

25 de Mayo de 1936

— Núm. 1

Politica Británica
en el
Rio de la Plata

**LAS DOS POLÍTICAS:
LA VISIBLE y LA INVISIBLE.**

P
O
R

RAÚL SCALABRINI ORTIZ

PRECIO
10 cts
EJEMPLAR

SECRETARIA DE F.O.R.J.A.
LAVALLE 1725 .
U.T. 35. LIBERTAD 2128 .

CONFERENCIAS DE F. O. R. J. A.

En el local de Lavalle 1725

Todos los martes a las 21.30 horas: Cursos de información.

Todos los jueves a las 21.00 horas: Conferencias de divulgación.

Todos los sábados a las 18.30 horas: Comentario político de la semana.

Concurra a ellas. Entrada libre.

FE DE ERRATAS

El primer párrafo de la página 5 debe leerse así: "Primero jamás hubo en América el establecimiento de una filialidad".

Los Cuadernos F.O.R.J.A.

CON la edición de "CUADERNOS DE F. O. R. J. A.", nos proponemos llevar a la inquietud popular, el pensamiento de las nuevas generaciones sobre los problemas sociales que agitan la conciencia de la República, anunciando profundas transformaciones institucionales.



F. O. R. J. A. (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina) es una categoría renovadora dentro de los cuadros de la política nacional. Procura, en primer término, dar tono heroico a la vida cívica argentina, creando una fuerza moral capaz de eliminar todos los factores de corrupción ambiente — venalidad, prevaricato, fraude democrático, coacción, etc., — hasta purificar la República por la sustitución de las supervivencias oligárquicas parasitarias y extranjerizantes con las prácticas de una democracia radical, dignificadora, justiciera e igualitaria.



F. O. R. J. A. quiere afrontar los problemas argentinos con criterio argentino, porque considera que el vicio más funesto que padecemos es la entrega permanente y ominosa de la economía nacional a la colonización de las grandes potencias imperialistas, servidas onerosamente por nuestras más destacadas personalidades políticas y profesionales. Sin la total emancipación de la República, liberándola de esos vínculos coloniales, jamás podremos retomar la trayectoria de nuestra grandeza inicial, con grave ofensa para la dignidad de la Nación.

Para ello, F. O. R. J. A. convoca a las nuevas generaciones, recordándoles que, como la de Mayo, tienen un irrenunciable deber emancipador que cumplir, y que de ellas es la responsabilidad histórica de la hora.



SOLO con altísimos estados de conciencia y con una obstinada voluntad popular, libre de influencias banderizas exóticas — soviétismo o fascismo — puesta el alma en lo más noble de nuestras tradiciones igualitarias, el pueblo argentino logrará sacudir los yugos de la dominación económica extranjera y salir del confusionalismo en que la precipitó la insensata concupiscencia del asalto setembrino, po-

niéndose en condiciones de afrontar y resolver los vitales problemas que plantea la crisis mundial de civilización que conmueve a la humanidad.

ES necesario, para disponerse a la acción heroica y salvadora, empezar por la propia purificación. Ningún hombre que continúe participando, activo o pasivamente, en la complicidad que comporta no repudiar sin piedad la corrupción política del ambiente, empujando por los propios círculos donde actúa, estará en condiciones de colaborar en la gran obra reparadora que exige la salud de la República. Ninguna razón de solidaridad, de camaradería o de disociolina, puede cohonestar el silencio o la indiferencia ante el fraude o la apostasía, alevosamente practicados por las direcciones del propio partido. Es necesario resolverse a predicar con el ejemplo, aún a costa de la injuria y del dictorio, profetizados en acusación de rebeldía.



CUADERNOS de F. O. R. J. A. es una tribuna de pensamiento matriz, desde la que explotará el estímulo hacia las grandes reivindicaciones de la dignidad nacional, tratada arteralmente por los comandos de las fuerzas político-sociales.

En cada edición, hombres de reconocida responsabilidad mental, de clara orientación política, hechos al estudio y a la meditación, abordarán concretamente los temas de más rigurosa actualidad y de más candente interés para la República. Buena prueba de ello es que esta primera edición contenga la palabra de Raúl Scalabrini Ortiz, cuyo solo nombre señala una de las avanzadas más luminosas de nuestra cultura.

El tema de este "CUADERNO", "Política Británica en el Río de la Plata: la visible y lo invisible" va a la médula del crimen cometido por las oligarquías entregadoras que detentaron la dirección de los destinos de la República, y de las que siguen manteniendo sistemas de vasallaje económico y de subordinación política, que son la causa madre de los vicios que deforman nuestra democracia. En su desarrollo, nuestros lectores hallarán sorpresas insólitas sobre ese fondo oscuro que esconde la aniquiladora tragedia de nuestra riqueza geográfica paralela a la de pauperización nacional, cuyo signo más lamentable es el raquitismo que caracteriza el crecimiento cultural y material de la República.

EN ediciones sucesivas, "CUADERNOS DE F. O. R. J. A." insertará estudios de Gabriel del Mazo, Gutiérrez Díez, José Gabriel, Jorge del Lío, Luis Belleplane, Homero Manzoni, Arturo Jauretche, García Meliá, Ortiz Pereyra, José D. Espeche, Conrado Míguez, Enrique Zulueta con temas como los siguientes: "El pensamiento escrito de Irigoyen", "La coordinación de los transportes", "El sentido social de Martín Fierro", "Monopolios de la electricidad en la Argentina", "Orientación de F. O. R. J. A.", "La economía humana en el Norte argentino", "Concepto social de la tuberculosis", "Radicalismo de

América", "Causas y motivos de la crisis argentina", "Deformaciones de la Democracia", "Aspectos de la Revolución en el Paraguay", "Las comunicaciones y la acción del radicalismo", "Política negativa de las direcciones de la U. C. R.", "Las organizaciones obreras y los partidos políticos", "La Gran Reparación Nacional", "Degeneración extranjerizante de nuestras derechas y de nuestras izquierdas", "Sistemas de explotación de nuestros productores agrarios", "La Universidad como avanzada en las luchas sociales", etc., etc.

LA REDACCION

PROLOGO

EUROPA jamás buscó en América el establecimiento de una finalidad. Fué hostil y casi cruel con lo autóctono primero, con lo asimilado después. Europa sólo quiso extraer de América, oro al principio; minerales, más tarde; materia prima y alimentos ahora. De fuerza y compulsión se valió antes, de habilidad y astucia financiera actualmente. De todos modos fué de provecho la finalidad. Por eso el estudio del factor económico es fundamental en las relaciones de Europa y América.

Las razas autóctonas fueron exterminadas en la rapiña de la conquista y en la explotación minera. El gaucho ganadero fué ahogado por las olas de inmigración agrícola. El espíritu de América, baldío de cuerpo, y más una idea que una realidad, se mantuvo indemne a través de las vicisitudes y renació entero en las poblaciones creadas por los hijos de esos inmigrantes europeos.

Como al indio, como al gaucho, Europa se apronta a exterminar esos nuevos americanos por la extenuación corporal, la decrepitud de la anemia, la desesperanza, la humillación.

Mostrar cómo esa exterminación fué posible y cómo se realiza en todos los días del presente, es objeto primo de la descripción aquí acometida. No es ella tarea distraída. La urdimbre financiera y económica del encadenamiento son hilos finísimos de obligaciones parciales, que se sostienen y consolidan con una ceñida trama de conocimientos parciales, de ignorancias parciales y de mentiras formuladas con increíble aplomo.

Desgracia de América fué la venalidad, por ingenuidad o mala fe, de la inteligencia con mando y de la inteligencia desocupada. Esperanza de una salvación es el acercamiento de la inteligencia a los problemas americanos y su lealtad hacia ellos.

Modos de humildad tiene este libro, y de allí su seguridad y pretensión aparente de juicio. Fundamentalmente encierra sólo una fraternidad y el deseo de servirla. Ojalá sirva de huella para otros caminadores más enérgicos, y se haga acción en la voluntad de todos. La convicción de que lo americano es lo popular lleva su preocupación hacia los números inmensos, que son

como el apellido de la colectividad. Sólo allí reside la esperanza de una familia americana.

Lo desunido y despegado es característica americana en estos cuatro siglos transcurridos, hasta el punto de inducir en la creencia de que es determinado y bien premeditado por los que aprovechan de esa desunión.

Hoy, lo colectivo es una suma muda de individualidades dispersas y enquistadas cada una en su propio problema, supuesto, sin estudio, particular y contingente, y no como es: general y colectivo. América no tiene voz genérica porque lo que asume esa representación es una impositura de que se valió lo europeo.

Las voces públicas proclaman sin desmayo un optimismo renovado cada día. Pero lo americano está encerrado en la mudez de esa choza de barro y de paja, en que el agricultororea los sudores que regó el trigo que comerá Europa, no sus hermanos americanos. Lo americano llega apenas perceptible en el cuchicheo que va de boca en boca relatando miserias e insinuando desmayos. Lo americano es tan fragmentario e imperceptible, que sólo lo advierte el apaciguado de pasiones inmediatas y propias, y no alcanza al entremezclado en fragores de banderías y partidos. Pero ¡no somos nosotros mismos los quejosos y más que nosotros no es, acaso, ese imperceptible quejido de nudorosa miseria americana que el extraño estrépito en que se nos quiere ensordecer?

Unos primero y otros más tarde fué la táctica. Azuzar una parcialidad americana contra la restante enardecer un localismo o una discrepancia, fué método de conquista que nos revelará lo histórico y que veremos utilizar constantemente como arma de la explotación europea. Olvidar el problema de los otros es traicionar su propio problema, porque la expoliación sube como una gangrena por el cuerno americano. Antes fueron sólo los restantes indios de los antiplanos peruanos o los gomeros de la zona tórrida, menospreciados en la consideración del porteño intelectual.

Más tarde fueron nuestros propios agricultores y apacentadores de ganado, obligados a cubrir su pobreza con las bolsas de arpillera de sus granos. Hoy es ya también la ciudad entera, de menesterosidad apenas engañada bajo espejismos de pesos

desvalorizados y de sueldos o jornales cercenados. Y mañana será más grave aún: la gangrena subirá hasta la esperanza misma de América, ya humillada por una pobreza sin dignidad. En este naufragio del engrandecimiento, el egoísmo sólo servirá para acrecentamiento de la catástrofe. Es indispensable silenciar lo propio para salvarlo.

Allá por el mes de julio del año 1816, el Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata, reunido en Tucumán, dió, anticipadamente, un manifiesto para hoy. Dice así: "Pueblos, Ejercitos, Ciudadanos. Por segunda vez os conjuramos: dad una tregua en estos fatales momentos a vuestras disensiones y querrelas, y consagrad a la salud de la patria un silencio obsecuente que deje perceptibles y eficaces sus clamores."

Unir sobre lo fundamental es tarea americana y de legítima reivindicación, así como desunir por futilezas es tarea del interés europeo y sus cómplices. Para unir es preciso comprender. Para comprender hay que conocer. Enseñar la comunidad de los intereses es practicar el sentimiento fundamental de América, inmensa fraternidad sin hermanos.

Como el cáncer que consume el mismo cuerpo que aniquila, así vive en el cuerpo americano el núcleo mediador de la explotación extranjera, curiosa asamblea de abogados, intermediarios de empréstitos, correteadores de empresas, comisionistas de compañías, tramitadores de prebendas, gerentes, síndicos, directores de ferrocarriles, ex ministros a sueldos de sociedades extranjeras, miembros de la Suprema Corte en servidumbre de empleos, o simples y vanos enriquecidos e intelectuales enternecidos por las lisonjas interesadas de lo europeo.

Las redes de venales están tendidas en todos los campos en que subsiste posibilidad de dominio. Los hay declarados amigos del pueblo, en doctrina y dialéctica, y los hay despreciadores profesionales de lo popular. Descubrir su genealogía gemela y revelar su parentesco espiritual y económico es clasificación de conocimiento más imprescindible que la clasificación botánica de Linneo, que se enseña en todas las escuelas. Muchos de ellos son de alardeada natividad americana y de un linaje que a veces suma cien años. Pero tres o cuatro genera-

ciones no cambian más la rigidez de la herencia que una natividad sin antecedentes. Por la sangre, a la corta o a la larga, todos somos europeos. Lo indiscutiblemente americano fué troncado de América. América es un sentimiento, no una materialidad, y menos una consanguinidad. Ser poroso para ese sentimiento y no impermeable, puede motivar únicamente una jactancia de americanidad. El simple nacer aquí de padres aquí nacidos es un ocurrimiento de índole civil. Hijos de extranjeros fueron Moreno, San Martín y Belgrano, ejecutores de la primera liberación americana del Río de la Plata.

Ensalzar el pasado americano y sus tipos, con traponerlos en rivalidad con lo actual, es incurrir en complicidad, de simonía o de tontera, con el esquilador extranjero de ayer y de hoy, y pugnar por su mantenimiento mañana.

Lo americano es temblor de idea que junta nuestra tierra y nuestro cielo. Lo americano es lo constantemente presente, no lo fenecido. Es lo que está llegando, no lo que pasó. Es lo que haremos, no lo que hicimos. Valemos, no por lo que en nosotros se cierra —narraciones de despojos y sucesivo hundimiento de lo nativo—, valemos por lo que vamos abriendo y anunciando. Tradición de esperanza nos justifica y ensalza.

La Argentina está en retardo. Vendida a su falsa opulencia, entró en desdén y se creyó europea, no americana, y fué tal su locura que hasta lo europeo mismo llegó a despreciar a ratos, comparándose en su delirio a la todopoderosa fracción anglosajona de la América del Norte. Pueblo pobre. Ausencia de placeres. Llanuras insípidas en que la imaginación trabaja constantemente para construir una realidad. Ríos inhumanos. Montañas inaccesibles y estériles conforman la patria. El fruto de sus pampas es para otros, y para otros sus carnes y sus pensamientos. Estamos de prestado sobre la tierra que aún está sin conquistar, sobre la que apenas tenemos una leve apariencia de dominio político, no real. La Argentina es un ejemplo típico de América. Por eso, y porque es más exactamente conocida por nosotros, dedicamos a ella exclusivamente este estudio. América entera late en él,

RAUL SCALABRINI ORTIZ.

LAS DOS POLITICAS: la visible y la invisible

Breve idea de la dominación inglesa en el Río de la Plata

Con fecha 8 de noviembre de 1822, Canning, primer ministro inglés, comunicaba a Lord Wellington el punto esencial de su criterio que debía constituir el eje de su política exterior. "Cada día, escribe Canning, estoy más convencido de que en el presente estado del mundo, de la Península Española y de nuestro propio país, las cosas y los asuntos de la América Meridional valen infinitamente más para nosotros que los de Europa, y que si ahora no aprovechamos corremos el riesgo de perder una ocasión que pudiera no repetirse."

Esas expresiones de Canning son importantes, ante todo, porque nos revelan la trascendencia que nuestra relación con Inglaterra tiene para Inglaterra. No es difícil que las futuras publicaciones de la correspondencia de los actuales dirigentes ingleses contengan revelaciones semejantes. Hoy, como en 1822, los problemas de la América Meridional son más valiosos para Inglaterra que los problemas europeos, de los que se desentendería voluntariamente. Esas expresiones de Canning vienen a desmentir a los que procuran relajar todo esfuerzo nacional con consideraciones menospectivas para la índole de nuestros problemas.

Na adelantemos consecuencias y observemos que esos conceptos de Canning, que perfilan la tendencia más característica de su acción exterior, pueden parecer infundados a un observador superficial. Canning habla de aprovechar circunstancias y permitiría suponer, por lo tanto, que Inglaterra era una nación postergada en sus relaciones con la América Meridional. Las estadísticas, en cambio, testifican una supremacía mercantil abrumadora. Según Woodbine Parish, el relator más fidedigno de los asuntos del Río de la Plata, las importaciones inglesas sobrepasaban el 50 a/o de las importaciones totales. En 1822, año en que escribía Canning, sobre un total de \$ fuertes 11.267.669, las mercaderías de origen inglés alcanzaban a \$ f. 5.730.952. Estos eran, pues, mercados prácticamente monopolizados por Inglaterra, en la misma época en que

Canning hablaba de aprovechar circunstancias.

El historiador López traza un excelente diseño local de este predominio mercantil: "Casas de gran capital y bien sostenidas por negociantes poderosos de la City de Londres, habían venido a nuestro país dirigidas por hombres sumamente respetables: Mackinlay, Fair, Best, Brittain, Dieksan, Zimmerman, Duguít, Miller y otros.

"Eran ellos los que habían abierto el mercado de la exportación libre de cueros, no sólo con ventajas propias, sino con una adhesión tan cordial y amistosa en favor de los intereses políticos del país que no exageraríamos si los llamamos celosos patriotas, que celebraban nuestros triunfos en la guerra y cooperaban a ellos facilitándonos recursos y medios con qué sostener aquella heroica lucha.

"Unos cuantos barraqueros como Del Sar, Santa Coloma, Sáenz Valiente, Almagro y otros pocos, acopiaban los cueros secos que provenían de las volteadas de la campaña o del consumo de carne de la población de la provincia, y por contrato; permanentes estos acopios pasaban a manos de las casas inglesas, que las más de las veces las pagaban en cuenta corriente, porque los mismos vendedores de los cueros eran a la vez mayoristas distribuidores de la importación.

En esta forma el Estado venía a percibir la prorrata legal de los derechos de aduana que le producía este intercambio casi rudimentario" (V. E. López, Tomo IX, página 845).

Canning no ignoraba la situación. Era conocedor y meditador de los más engorrosos problemas económicos y financieros. Pero el dominio simplemente mercantil es aleatorio, sujeto a numerosas contingencias —tanto más cuanto la mayoría de las mercaderías importadas eran artículos de bajo costo, fácilmente sustituibles—, y ninguna política sólida puede asentarse razonablemente sobre él. Las necesidades y el gusto mismo de las clases pudientes o directivas de estas sociedades elementales podían hacer derivar hacia otros cauces el volumen de las importaciones.

Aprovechar el momento significa en boca de Canning la iniciación de una hegemonía estable. Su iniciación marcaría una etapa aún no examinada en todos sus alcances. Con ella se inauguraría la política invisible de la explotación capitalista.

Para encubrir esa explotación, tan fina que es casi indenuciable, fuera de las doctrinas que

le son antagónicas, Inglaterra, leal para sus conductas anteriores, enarbolaría pabellones generosos y aún fraternales. Canning iba a luchar por el libre cambio sin traba, base de la riqueza de las naciones, y por la autodeterminación de los pueblos. Canning iba a ser el campeón de la libertad: de la libertad política, de la libertad comercial, de la libertad religiosa.

Endeudar a un país es encadenarlo a la rueda del interés compuesto.

Pero otra directiva orientaría su acción subterránea, no por inconfesada menos tenazmente perseguida: el endeudamiento hacia Inglaterra de los nuevos pueblos hasta colmar el límite anualmente variable de su capacidad de pago.

Esta directiva fundamental sería el punto de confluencia de otras orientaciones subsidiarias, deducibles inmediatamente de ella, que tenderían a sostener ese endeudamiento, en primer lugar, y a prolongarlo indefinidamente después, mediante el empobrecimiento efectivo del despilfarro de la riqueza local, en armas y aplicaciones no reproductivas en cuanto a los gobiernos, en artículos superfluos y de lujo en las clases manejadoras de la riqueza privada.

La idea de conquistar hegemonías mediante las inversiones a interés elevado, comenzaba a ser corriente entre las clases intelectuales y dirigentes inglesas, iluminadas por los estudios de ese extraordinario examinador de la realidad de las relaciones humanas que se llamó Adam Smith, quien en su formidable "Investigación de la Naturaleza y Causa de la Riqueza de las Naciones" explica detalladamente "las circunstancias que en la política de Europa pueden considerarse como causa de dar al comercio y a las negociaciones urbanas tantas ventajas sobre las rústicas, de manera que cualquier particular encuentre más utilidad en emplear sus caudales en los dilatados y distantes tráficos o giros de Asia y América, que en el adelanto y cultivo de los campos más fértiles dentro de su propio país." (Adam Smith, Libro II, capítulo V, Sobre el diverso empleo de los capitales.)

A juicio de Cobbet, por ejemplo, el rápido crecimiento de Londres en 1821 tenía por causa el aumento de las deudas consolidadas en que Londres actuaba de acreedora. Los dos hechos fundamentales que debían disciplinar las actitudes inglesas eran, siempre a juicio de Cobbet, la multiplicación de ocasiones para invertir capitales libres en fondos extranjeros y la situación privilegiada que Londres deduciría de esas inversiones. Hay antecedentes que permiten inferir que Huskisson, el más agudo financiero de la época y brazo derecho de Canning, compartía las ideas de Cobbet y condujo el análisis de las

ventajas del préstamo al exterior hasta lograr conclusiones de una severidad tan indudable que pudieron servir de fundamento a toda la política inglesa.

Aunque somos las víctimas, no podemos dejar de admirar la clarividencia con que esos hombres vieron la realidad y el ingenio con que crearon un sistema de explotación que la humanidad tardaría más de un siglo en comprender y tratar de desarticular.

Endeudar un país a favor de otro, hasta las cercanías de su capacidad productiva, es encadenarlo a la rueda sin fin del interés compuesto. La multiplicación de riqueza que el esfuerzo humano puede realizar es inferior al incremento del capital sometido a la reproducción de un interés compuesto que sobrepase aritméticamente un índice muy bajo. Simplificando, y aunque esta pueda parecer una idea equivocadamente malthusiana, podemos tomar un ejemplo de la imposibilidad de acompañar el crecimiento del capital colocado a interés compuesto, recordando que el capital al seis por ciento anual se duplica en doce años y la población humana, base de una riqueza natural, bajo condiciones favorables se duplica recién a los veinticinco años. Tarde o temprano el acreedor absorbe al deudor. Primero al débil y pequeño. Luego al más poderoso y resistente. Forzosamente, y muchas veces contra su propia voluntad, el capital centraliza y concentra.

Además, la servidumbre indirecta que el acreedor impone al deudor, es una forma suave de compulsión para dirigir las corrientes de compras y de ventas de los países deudores. Es, también, un cimientó sólido para intervenir en el manejo de la política interior de cada país. Y es al fin un anticipo sin peligros, porque, en último caso, la escuadra inglesa es un cobrador al que no se le pueden cerrar las puertas. La penetración disgregadora en China; la intervención armada de Venezuela en 1903, que dió origen a la doctrina Drago; la sumisión paulatina del Egipto, iniciada con excusas de cuidar intereses y continuada en connivencias con dirigentes locales apoyados por Inglaterra, son experiencias que no es permitido olvidar.

Se suplantó el agónico dominio español por el dominio capitalista inglés

Canning tenía la convicción de que había visto con precisión el problema de las relaciones de Inglaterra y actuó con su energía habitual, y con una audacia ejecutiva incontrarrestable impuso su criterio, a pesar de la oposición de los que querían seguir dando prioridad a los temas europeos. Todas las dificultades fueron allanadas, los inconvenientes salvados. Desvió los recelos franceses que veían crecer el poderío comercial inglés sobre las ruinas napoleónicas. Acalló las protestas españolas. Amenazó, a veces. Insinuó promesas, en una maniobra diplomática, tan hábil como tereamente conducida. Demostró que Inglaterra no reconocería el derecho de las antiguas colonias a ser libres, sino el hecho consumado de su independencia y no estar España en oportunidad de sojuzgarlas nuevamente. Ese conductor excepcional venció hasta la obstinada oposición de su propio rey, que veía en el reconocimiento de las colonias españolas un ejemplo pernicioso para los católicos irlandeses, siempre ávidos de ejemplos y estímulos.

Venció al fin. El reconocimiento de la independencia de estas insurrectas y revueltas repúblicas fué, indudablemente, una obra casi personal de Canning y mucho agradecimiento deberíamos tributarle si su plan hubiera terminado allí. Pero eso no era más que el primer paso. Era nada más que su política visible, aquella que recogerían los cronistas, alabarían incansablemente los historiadores, popularizarían en toda oportunidad los periódicos y loarían los gobernantes locales.

Ciertamente, mucho agradecimiento le deberíamos, si paralelamente no hubiera desenvuelto otra política invisible que se tejería en las antecámaras y en los salones y que tendía a suplantarse el agónico dominio español por el extenuador, aunque sutilísimo, dominio capitalista inglés.

Esta duplicidad de la gestión de Canning constituiría una incurable tara de nacimiento de la que, salvo años fugaces y voluntariosos, no se librarían hasta hoy las repúblicas sudamericanas. La voluntad de mando de la política sudamericana derivaría por dos cauces: uno visible, impetuoso, apasionado, muy florecido de grandes palabras y bellas declaraciones, otro secreto, cauteloso, de conviniencias personales y pactos musitados más que dichos. Por uno irían las fuerzas sentimentales del país y se conformarían simulaeros de naciones. Por el otro se succionarían los veneros más ricos de materia y espíritu de cada entidad geográfica y política y se conformaría la grandeza de Inglaterra.

El reconocimiento de la independencia sudamericana fué empeño tan árduo que es casi proeza. Pero la segunda parte del plan de Canning presentaba dificultades no menos graves. Estos países estaban casi despoblados, y, bajo formas de materia prima, sus medios de pago eran limitados. Las Provincias Unidas del Río de la Plata por ejemplo, habían cumplido su propia liberación y la de dos naciones amigas sin recurrir al préstamo exterior: con sus rentas de aduana, con las contribuciones y empréstitos forzados interiores de todos los habitantes nacionales y extranjeros, que en el transcurso de 10 años de 1812 a 1822 alcanzaron a sumar \$ f. 2.964.000, según los datos recopilados por el ex ministro, don Emilio Hansen, en su valioso libro "La moneda argentina".

Por otra parte, las poblaciones locales tenían escasas necesidades y eran capaces de abastecerse a sí mismas en lo más urgente. Endeudarlas al exterior no era empresa desdeñable. Pero tampoco Canning era hombre que se dejara intimidar por las circunstancias adversas. Los préstamos se iban a imponer con los fundamentos más extravagantes.

El reconocimiento de la independencia del Brasil y de las aspiraciones del emperador Pedro obtuvieron el asentimiento de Inglaterra sólo cuando el nuevo estado americano accedió a responsabilizarse de la deuda de 1.400.000 libras esterlinas contraída con anterioridad en Londres por el caduco gobierno portugués, y se comprometió a pagar como indemnización a Portugal 600.000 libras más, que Inglaterra, a su vez prometió proveer en un empréstito. El nuevo estado nacía así con una tara de 2.000.000 de libras cuyo servicio debería mantener en perpetuo déficit sus presupuestos.

En el Río de la Plata los acontecimientos se suceden en el mismo orden. El 4 de julio de 1823 los comisionados del rey de España firman en Buenos Aires la convención preliminar de paz.

Pocos días después, el 22 de julio del mismo año, la legislatura faculta al gobierno para negociar en Londres un empréstito de 20 millones de pesos fuertes, cinco millones de libras, que se serviría entre todos los estados cuya independencia reconociera España. El extraño objeto a que se destinaba ese empréstito era el de sostener la independencia de España amenazada por la invasión del duque de Angouleme. ¡Ayudar a España con los fondos de un empréstito y los ejércitos americanos todavía luchaban en tierra americana contra los ejércitos españoles! Eviden-

temente el ridículo no amilana a los estadistas ingleses.

Felizmente, ese empréstito colectivo no entró en vías de ejecución. España no fué invadida y las dificultades de coordinar las obligaciones colectivas de diversos estados fueron tan grandes que Canning cambió sus planes: el préstamo colectivo sería frAGMENTADO en préstamos más pequeños.

Estamos en 1824. Ese año se libra la sangrienta batalla de Ayacucho que última los restos del imperio colonial español en América. Ese mismo año los representantes de Buenos Aires contraen en Londres un empréstito por un millón de libras esterlinas.

Hay hechos que tienen una perfección histórica tan exacta que son simbólicos. Los que firman el bono general de ese empréstito son los señores Félix Castro y John Parish Robertson, un fundador de oligarquías y un ciudadano inglés. Por dicho bono "el estado de Buenos Aires con sus bienes, rentas, tierras y territorios quedan prendados al debido y fiel pago de la dicha suma de 1.000.000 de libras y de sus intereses".

Los títulos de ese empréstito se colocaron al 70 por ciento de su valor nominal, y la casa emisora, Baring Brothers, retuvo el importe de los

servicios correspondientes a las dos primeras anualidades. El país sólo cobró 570.000 libras efectivas. Ese empréstito se concluyó de pagar enteramente en el año 1902 y costó en total al país un desembolso de cinco millones de libras esterlinas, la mayor parte del cual se cubrió con nuevos empréstitos ingleses más voluminosos.

Según la ley autorizante, el objeto de ese empréstito era construir un puerto en la ciudad de Buenos Aires, dar aguas corrientes a la capital y crear pueblos en la costa Sud. Ni uno solo de esos propósitos se cumplió. En cuanto llegaron los fondos del empréstito, se prestaron a los comerciantes ingleses que actuaban en Buenos Aires y a los pehones de oligarcas que secundaban su política. El Banco de Descuento vió trocarse el oro por letras de comercio. Cuando el Brasil invadió la Banda Oriental y el gobierno de Buenos Aires necesitó adquirir armas, ya no tenía oro con el cual hubiera podido operar con ventaja en el mercado internacional. Tenía letras de comerciantes ingleses que sólo los ingleses aceptaban. Inglaterra estuvo, pues, en condiciones de imponer sus armas a precios sin competencia. La política de Canning lograba resultados brillantes. El predominio inglés comenzaba a ser incontestable.

Trazos sobresalientes de la política invisible

El préstamo, la inversión de fondos en el exterior de Inglaterra, no era más que el punto de apoyo de un vasto sistema que Canning debió poner en planta y dejar de modelo a sus sucesores. Alguna de sus previsiones han llegado a nuestro conocimiento, otras permanecen inéditas aún. De todas maneras, si examinamos con detención las causas de inestabilidad del predominio capitalista y los riesgos de que debe precaverse, deduciremos por implicancia los trazos sobresalientes de esa política invisible.

La denuncia de los compromisos contraídos es daño fundamental que ataca constantemente al acreedor. Pero una cesación de pagos, bajo cualquier máscara que se disfrace, expone a un cobro compulsivo y aún a una intervención armada y es, por lo tanto, responsabilidad que sólo puede ser asumida por una potencia equipada para resistir la agresión. Impedir la formación de naciones poderosas fué la primera línea de conducta inglesa. Los antiguos virreynatos, que debieron ser la base espontánea de los nuevos estados, fueron inteligentemente seccionados. Formáronse naciones mineras y naciones agropecuarias, pero no unidades nacionales que pudieran enfrentar a corto plazo al poseedor de la llave capitalista. En esta política disgregadora, Inglaterra aparecía fiel a sus principios de auto deter-

minación de los pueblos. Simuladamente generosa, apoyo a los débiles contra los fuertes y fomentó así las escisiones y desmembramientos que dieron por resultado extraer del dominio de una sola potencia los puntos económica y militarmente estratégicos del continente. Esa política inglesa, que costó a la República Argentina, entre otras cosas, la segregación del Uruguay, está prolijamente especificada en la correspondencia de Ponsamby, ejecutor personal en el Río de la Plata de las inspiraciones de Canning.

En sus años iniciales, la América del Sur corrió peligro de parcelarse hasta lo inacabable en pequeñas repúblicas rivales. En este punto, la tendencia fraccionadora de Inglaterra tuvo un adversario decidido en la unidad topográfica y en la magnitud de las cuencas.

Por otra parte, la denuncia de los compromisos contraídos es actitud en que sólo podrían incurrir los dirigentes de una nación que adoptaran una ética distinta de la que requiere la hegemonía capitalista para subsistir. Mientras los gobernantes creen que los compromisos anteriores son sagrados, por onerosas que sean las condiciones establecidas; mientras los gobernantes creen que el cumplimiento de los pagos sean de grado tan irrevocables que a ellos deba sacrificarse hasta la salud nacional, mientras apliquen

a los altos intereses nacionales un criterio estricto de pequeño comerciante, no hay temor de que los compromisos sean denunciados. Para ello es indispensable que los gobernantes tengan su asiento permanente en el radio de influencia en que actúan los traficantes ingleses. Por eso, dentro de cada nación, Inglaterra fué centralista. En la República Argentina, apoyó enérgicamente al puerto de Buenos Aires. Le dió armas, le abrió créditos. A pesar de ser tanto o más rica en conjunto que la provincia de Buenos Aires, la Confederación cayó ahogada por la sofocación comercial y financiera con que Inglaterra la estrechó. La Confederación llegó a pagar intereses superiores a los que pagaba un simple comerciante porteño por locar dinero. Cuanto esfuerzo se irguió a favor del interior fué ahogado sin misericordia y estigmatizado con el sello de barbarie. Buenos Aires asumió la representación excluyente de la cultura, no porque fuera más culta en realidad, sino porque la cultura significó, ante todo, cumular enteramente con la moral y las miras de los comerciantes ingleses portuarios. El brindis que en celebración del natalicio de Jorge IV pronunció Rivadavia en 1823 es la fórmula juramentada que callada o francamente adoptaron todos los aspirantes al poder legítimamente constituido. Rivadavia brindó por el gobierno más hábil, el inglés; por la nación más moral e ilustrada, la Inglaterra; y por que el interés comer-

cial y agrícola de la Gran Bretaña se extendiera y consolidara en la América del Sur.

La centralización de la cultura, consecuencia directa de la centralización del mando, le costó a la República la extinción de antiguos y genuinos centros de ilustración, el apagamiento de una verdadera inquietud intelectual, la adopción ingenua o torpe de todas las doctrinas convenientes a los explotadores extranjeros, la extenuación mental y política del cuerpo nacional, el alejamiento de la inteligencia local del examen sin prejuicio de los problemas locales, y la fundación de una oligarquía político-financiera al servicio directo o indirecto de las conveniencias inglesas. Con la protección inglesa se constituyó en el puerto de Buenos Aires una aristocracia de administradores que manejó al país sin contralor, y sin más norma que la decisión de los embajadores y de los comerciantes ingleses. El pequeño comerciante portuario se hizo agiotista y especulador. La plutocracia se hizo oligarquía.

La disgregación internacional del continente y la centralización absorbente del poder nacional son las conductas políticas inmediatas que exigía la política del préstamo para asegurar su existencia. Pero para ser instrumento de dominación, para ser la piedra fundamental de la construcción capitalista, el préstamo requería el desarrollo de una política económica que convergiera a su finalidad.

El déficit fiscal camino del engrillamiento

Un simple préstamo, por cuantioso que sea no basta para encaenar eternamente, si el préstamo es un hecho aislado e invariable. Las condiciones y capacidad económica de una nación cambian y sus medios de pago se multiplican casi espontáneamente con el trabajo de sus habitantes. El servicio anual del primer empréstito argentino era de \$ f. 350.000, suma agobiadora y suficiente para desequilibrar el enjuto presupuesto local de esos años, cuyas rentas netas superaban penosamente el millón de pesos fuertes, pero era presumible que en años posteriores podría ser cubierta con holgura, cuando el libre cambio surtiera los efectos benéficos que todos vaticinaban y al que esta república se había adherido tan decididamente que le sacrificó sin remordimientos todas sus industrias de elaboración y manufactureras del interior.

Para que el préstamo rinda al acreedor no sólo el interés, sino una influencia práctica como arma o como instrumento, es indispensable que la cuantía del préstamo corra paralelamente a las rentas fiscales. Con pretextos no menos curiosos que los de los primeros empréstitos exteriores, la diplomacia invisible de Inglaterra man-

tuvo siempre una correlación constante entre la capacidad fiscal y las obligaciones anuales. Cuando las rentas del gobierno central suben a 18 millones en 1872, el servicio de la deuda es de 6 millones. Cuando las rentas alcanzan a 38 millones en 1889, el servicio de la deuda es de 12 millones. Cuando las rentas remontan hasta los setecientos millones de pesos papel, los servicios girables al exterior por servicios de empréstitos suman casi 200 millones.

Hay adelantos de dinero que son indispensables y que ahorran tiempo y trabajo en proporción mayor que la obligación que se contrae. Un agricultor, por ejemplo, saca ventajas de un crédito para adquirir semilla. Es un trabajo humano que se le adelanta para facilitar su propia tarea. ¿Es ese el caso de la República Argentina? ¿Los empréstitos sucesivos fueron en realidad la indispensable semilla de la riqueza argentina? No, señores. Los empréstitos argentinos contraídos en el extranjero tuvieron directa o indirectamente un fin orgiástico. Estimulando la pequeña sensualidad de la oligarquía dirigente, Inglaterra continuaba su política de engrillamiento de la naciente economía argentina.

Desde 1824 a 1856 no se contraen empréstitos externos. Rosas financió sus presupuestos con emisiones sin garantía aurífera. No era un sistema original, era un sistema expeditivo.

La emisión de billetes inconvertibles en oro es un arma de doble filo que puede perjudicar seriamente a un país, en cuanto incita a los gobiernos a malgastar fondos que se adquieren sin más trabajo que hacer funcionar las prensas de imprimir billetes. Pero manejada con seriedad puede ser un instrumento que movilice el trabajo nacional sin hipotecarlo hacia los poseedores del oro. Hay muchos economistas que atribuyen a la inconvención decretada por Pitt en 1797 gran parte de la prosperidad inglesa de comienzos del siglo pasado. (Andreades: "Histoire de la Banque d'Angleterre.") En su obra citada, don Emilio Hansen asegura que la preponderancia de Buenos Aires sobre las provincias es una consecuencia de la agilidad que en la explotación de sus riquezas obtuvo Buenos Aires mediante el emisionismo, y de la testarudez con que las provincias se sometieron al oro como medio exclusivo de realizar intercambios. Hansen da muchos ejemplos en confirmación de su observación, horrada aunque superficial. Lo cierto es que Rosas impidió el estancamiento de las actividades del país durante los largos bloqueos y que el país vivió, progresó y hasta peleó, que es la actividad más cara de los pueblos, sin necesidad de recurrir al préstamo exterior.

En 1857 la política del préstamo se reinicia briosamente, con los más variados motivos. A veces el pretexto es pagar intereses atrasados, a veces exteriorizar una indemnización que se regaló a los residentes extranjeros perjudicados por las guerras y revoluciones, otras construir un ferrocarril que se venderá luego a los ingleses sin amortizar el empréstito que le dió origen. A veces el pretexto es construir obras de salubridad que no se construyen con esos fondos sino con otros, o garantizar emisiones de los bancos nacionales, o convertir empréstitos internos en externos de título menor, o pagar intereses de los empréstitos anteriores o rescindir las garantías estaduales dadas a los ferrocarriles particulares ingleses o cancelar deudas bancarias, o liquidar fondos particulares bloqueados. A la diplomacia inglesa no le faltan argumentos para justificar el mantenimiento estricto de la relación establecida entre rentas y servicios.

Terry dice que la moral financiera de los gobiernos argentinos ha sido la "del que venga atrás que arree". Pero en esa moral hay un principio de conciencia, un esbozo de pensamiento en las generaciones venideras. En esa moral, aunque impúdica, hay una chispa de responsabilidad nacional, un sentido de continuidad que los gobiernos argentinos no demostraron jamás en los hechos. Los gobiernos argentinos obedecían, simplemente, las insinuaciones inglesas que tendían al encadenamiento económico del país. Hubo años en que los empréstitos se contrataron antes de saber con exactitud en qué gastarlos, porque ni la administración pública, entonces menos displiciosa, podía resumirlos. Con un candor que aterrca, Sarmiento dice en 1872: "Está ya realizada la mitad de la suma emitida en Londres —30 millones de pesos fuertes—. La otra mitad lo estará en el resto del corriente año. La realización gradual nos evita el pago de intereses sobre dinero a que no podemos dar de inmediato empleo."

Directa o indirectamente los empréstitos exteriores sucesivos se utilizaron en realidad en saldar los déficits fiscales, porque directa o indirectamente el hedonismo y el ocio de la oligarquía corrieron por cuenta del Estado.

Con exclusión de algunos años excepcionales, todos los gobiernos gastaron más de lo que percibían. En 1870 las rentas suman 19 millones y se gastan 26. Cuando, en 1882, las rentas suben a 26, se gastan 38. En 1898, cuando las rentas suben a 38, se gastan 121. En 1909, cuando las rentas suben a 121, se gastan 154. En 1912, cuando las rentas suben a 154, se gastan 1000 millones. Esos déficits acumulados se pagan con empréstitos o con los recursos logrados en la venta a los ingleses de las pocas obras útiles hechas con parte de los empréstitos anteriores.

Este disparatado ritmo fiscal es explicable únicamente como sugestión de los que hicieron del préstamo su instrumento primordia, de dominación, porque ninguno de esos gastos fiscales fué fundamentalmente imprescindible y porque la simple imitación de las naciones europeas organizadas hubiera procurado una disciplina fiscal distinta. La misma administración inglesa era un modelo notable y asequible para aquellos gobernantes. Todos los balances fiscales ingleses cierran con superavit, salvo en años de guerra. Pero la política de penetración capitalista obligaba a que estos países hicieran justamente lo contrario.

Gastos exagerados y rentas insuficientes obedecieron al dictado de la política inglesa

Decimos que ninguno de los gastos fiscales fué imprescindible y testificamos sencillamente una verdad. El camino ha sido y es la obra pública de mayor urgencia, aquella cuya realización hubiera podido justificar un endeudamiento. En la Memoria del Ministerio del Interior del año 1863, el ministro Rawson expresaba estos conceptos básicos: "Puede decirse sin exageración, que en la República Argentina no hay caminos, si no se da ese nombre a las huellas profundas y sinuosas formadas, no por el arte, sino por el ir y venir de las gentes a través de la Haura, por en medio de los bosques o por las cumbres de las colinas y montañas. En esa inmensa extensión de territorio se encuentran catorce o dieciséis ciudades separadas unas de otras por centenares de leguas, sin que jamás la mano del hombre se haya empleado en preparar las vías que deben servir a la comunicación entre esas poblaciones. Y si la civilización, la riqueza y la fraternidad de los pueblos está en razón directa de la facilidad y rapidez con que se comunican, mucho debe ser el atraso, la pobreza y la mutua indiferencia de las provincias argentinas separadas entre sí por largas distancias y por obstáculos materiales que apenas se han logrado superar."

Estas son palabras sanas, pero el promedio de lo invertido en la construcción de caminos en los sesenta y cinco años que median entre 1858 y 1923, es apenas de cuatro décimos del uno por ciento de los gastos totales. Es decir, que por cada cien pesos se dedicaron a caminos sólo cuarenta centavos.

En 1923, como en 1858, los caminos argentinos son huellas profundas y sinuosas, no trazadas por el arte, salvo cuando convergen a la estación de un ferrocarril inglés.

Lo destinado a obras públicas en general oscila alrededor del cinco por ciento de los gastos totales. No es mucho, indudablemente. Tanto más si se considera que este es un país donde todo está por construirse aún. Es que la inversión útil interesaba menos que la inversión a toda costa, como si los administradores de la hacienda obedecieran a un imperativo de largueza y despilfarro.

La administración nacional se fué diversificando y ensanchando sin correlación alguna con la marcha del país, que se mantuvo en un primitivismo pastoril y agrícola. Las rentas y el producido de

los empréstitos se invirtieron en el mantenimiento de una burocracia que disimulaba su ocio efectivo en la complejidad inútil de una maraña reglamentaria.

En los comienzos de la vida republicana actual, en 1866, el empleo público no ofrecía seducciones pecuniarias. Las remuneraciones eran inferiores a las de las actividades civiles y aún a las tareas manuales. Según las memorias ministeriales de Hacienda y del Interior de esos años, un carpintero ganaba \$ 45.— mensuales; un albañil, \$ 40.—; un herrero, \$ 45.—; un zapatero, \$ 50.—; un peón de ferrocarril, \$ 40.—; es decir, sumas mensuales superiores a las de un escribiente, que ganaba \$ 33.—, lo mismo que un teniente lo. destacado en fronteras y apenas inferiores a las de un jefe de oficina o a la de un capitán que cobraba en fronteras \$ 47.—. (Las sumas citadas son pesos fuertes).

Hoy el empleado público es un ser privilegiado en la vida nacional y no es necesario repetir cifras que todos conocemos. El Estado es así una tentación corruptora y un ejemplo desmoralizador para el esfuerzo humano. El Estado derrocha sus bienes y los que obtiene en préstamo en mantenerse a sí mismo, sin crear nada perdurable y útil a la colectividad. Y esa es la línea que impuso la política invisible inglesa actuando a través de sus agentes y cómplices. "El que usa los fondos prestados para el inmediato consumo o para mantener manos ociosas, había dicho Adam Smith, no podrá restituir nunca el capital ni aún pagar el interés sin enajenar alguna parte de sus bienes". Es lo que ha sucedido. El pródigo Estado argentino fué enajenando todos sus bienes, sus tierras, sus concesiones y sus ferrocarriles, su libertad de opinión internacional. Cuando no tuvo otra cosa que enajenar, enajenó la Soberanía Nacional con el pacto Roca-Runciman.

Para que los gobiernos tuvieran pretextos aparentes de continuar contrayendo nuevos empréstitos exteriores, era indispensable que vivieran en mora. Para vivir en mora no basta gastar mucho; es preciso que las entradas no cubran las salidas. Gastos exagerados y rentas insuficientes fué una conducta que la política invisible del capitalismo inglés dictó solapadamente a nuestros gobiernos.

La centralización de la riqueza privada en pocas manos y su derroche

En Inglaterra, como en todos los países civilizados, el mayor aporte de recursos lo proporciona, como es lógico, la riqueza del mismo país, en forma

de impuestos a la renta. En la República Argentina la riqueza estuvo siempre libre de trabas y gabelas. El Estado se nutrió de impuestos al con-

sumo y al trabajo. Fué una revolución de inspi-
ración norteamericana la que implantó como no-
vecad, en 1930, el impuesto a los réditos. El capi-
tal norteamericano atacaba en sus fuentes al ca-
pital inglés. Pero logró, según veremos.

La política del préstamo que inicia Canning hu-
biera podido, también, ser contrarrestada involun-
tariamente por el mismo país, merced al crecimen-
to paulatino de su riqueza, que habría invalidado
las previsiones enumeradas. De nada valdría man-
tener en déficits a los gobiernos, si esos déficits
podían saldarse con los recursos propios del país.
La centralización de la riqueza en pocas manos y
la inducción al derroche de esos pocos, iba a des-
baratar totalmente toda posibilidad de liberación
automática. La centralización de la riqueza corre-
ría pareja con la centralización del poder y se aña-
rían en una extravagante amalgama. Esta cen-
tralización de que aquí se habla, no es todavía la
centralización matemática que el capital realiza
con la inercia del interés, es un simple acapara-
miento de la riqueza privada.

Hubo muchos momentos en la historia econó-
mica en que el país pudo constituir capitales. No
los constituyó porque toda la capacidad de compra
se disipó en objetos de lujo y de consumo.
En 1865 se importaron mercaderías por valor de
50 millones de pesos oro, en su inmensa mayoría
perecedera y sustituible con productos del país.
En bebidas solamente se derrocharon 3.141.184
pesos oro, es decir, la décima parte del total. En
comestibles, sin duda delicados, se malgastaron
5.374.427 \$ o/s. La importación indispensable, ar-
tículos navales, de pinturería y ferretería, cubrió
apenas otro 10 o/o y sumó 3.283.209 \$ o/s. Tan-
to como las bebidas.

En 1887, en pleno fervor del llamado progreso
y de la fiebre ferroviaria, se importaron artículos
y mercaderías por un total de 117 millones Los
materiales ferroviarios importados, locomotoras,
rieles, etc., valían \$ 3.534.555 o/s. Las bebidas im-
portadas, 15 millones, exactamente 15.488.96 \$ o/s.
Las bebidas se pagaban con las rentas extraídas
del suelo nacional y acaparadas a favor de unos
pocos. Los materiales ferroviarios con empréstitos
emitidos en Londres que endeudaban aún más al
Estado, o quedaban capitalizados a favor de In-
glaterra, como "capitales ingleses invertidos en la
Argentina", es decir, como deuda patrimonial de
la colectividad.

Si estos sucesos grotescos no hubieran ocurrido,
los panegiristas venales del capital extranjero no
podrían asegurar que el capital extranjero fué im-
prescindible para el adelanto nacional.

Para fijar aún más estos conceptos, reeditaré un
ejemplo usado con anterioridad en otros trabajos.
Hasta 1880, la Argentina es país importador de
cereales. Su producción escasa debe completarse
con trigo chileno y norteamericano. Burmeister
nos había desahuciado como cerealistas. La ri-
queza del país es exclusivamente pecuaria. Su

exportación se integra con cueros vacunos, lanares
y yeguarizos, cerda, lana sucia y lavada, sebo y
tasajo. La riqueza agrícola es una riqueza casi in-
esperada que pudo haberse dispuesto para fines
reproductivos. Supongamos que el producido de
de esos primeros cereales, por lo menos, se hubiera
empleado con juicio capitalista. Supongamos que
en los primeros años se hubiesen ahorrado 20 mi-
llones anuales hasta constituir un capital de 200
millones de pesos oro. Supongamos que esa suma
se hubiese invertido en 1885 en las mismas condi-
ciones en que el capital inglés se invirtió aquí.
Hoy el país tendría un capital propio de pesos oro
4.209.000.000. Es decir, podrían ser suyos:

Todos los ferrocarriles ingle- ses, tasados en	\$ o/s 1.500.000.000
Todos los frigoríficos tasa- dos en	" 100.000.000
Todos los tranvías, tasados en	" 100.000.000
Todas las usinas de luz de la Capital e Interior, tasadas en	" 350.000.000
Poseer una flota mercante de 200 barcos de ultramar	" 300.000.000
Poseer una flota de diez lu- josos paquebotes	" 100.000.000
Poseer usinas metalúrgicas en Brasil	" 300.000.000
Poseer usinas cupríferas en Chile	" 200.020.000
Poseer plantaciones de caña- mo e hilanderías en la India	" 300.000.000
Poseer fábricas de aceites y olivares en Italia	" 300.000.000
Poseer 800 toneladas de oro en la Caja de Conversión	" 550.000.000

Eso es, precisamente, lo que quisieron evitar
aquellos astutos financistas ingleses que continua-
ron en el Río de la Plata la política del préstamo
iniciada por Canning en 1824.

Estas líneas generales de la técnica de penetra-
ción pacífica dibujan un panorama desolador y,
sin embargo, las consecuencias inmediatas deduci-
das aquí con aprieto no son, quizá, sus consecuen-
cias más graves. Cuando una potencia tan pode-
rosa como Inglaterra presiona en un sentido, su
voluntad se desgrana en miles de voluntades minu-
ciosas, tan alejadas de la presión original que es
imposible, sin incurrir en ridículo aparente, de-
nunciarlas como consecuencias. Pero hay algo muy
semejante a un yacimiento de indicios de la políti-
ca invisible inglesa: son las inclinaciones y prefe-
rencias de nuestra oligarquía. El esfuerzo indivi-
dual aplicado a algo que no sea el trabajo agro-
pecuario es casi un signo despreciable de plebeyez.
El industrial no es un aristócrata. Los tipos per-
fectos del aristócrata son el hacendado y el abo-
gado de empresas extranjeras, es decir, justamente
los tipos que los ingleses han querido imponer en
el país. La conducción del Estado estuvo en sus

manos y no es de asombrarse, pues, que los ocurrimientos más absurdos y contrarios a la salud del país hayan tenido lugar en el transcurso de los años. De un lado existía una voluntad precisa, dirigida por las inteligencias políticas más finas, por

el otro, un país cuyos dirigentes estaban entregados a esa misma voluntad, un país traicionado por sus propios conductores. La política invisible de la penetración capitalista había dado resultados óptimos.

Después de la Guerra Europea, chocan el capitalismo inglés y el estadounidense

Hasta 1914 el capitalismo inglés actúa en el país como el contralor de ninguna especie. Inglaterra va tendiendo un manto de olvido sobre el pasado. La penetración inglesa no quiere tener historia, no quiere haber comenzado de a poco, no quiere que se examine el origen de su poderío. Inglaterra evita las disputas locales y cuando algún otro capital pretensiona, cede parcelas de explotación, pequeños radios de influencia. Al capital francés le permite conceder algunos empréstitos, construir el puerto de Rosario y poseer el antiguo ferrocarril provincial de Santa Fe. El capital francés es un ladero cómodo que se satisface sin perjudicar.

En 1914, el cataclismo europeo hace temblar toda la estructura del edificio imperial. Los gastos de la guerra son inmensos. El presupuesto inglés da un déficit de 333 mil libras en 1914. En 1915 el déficit sube a 1.222 millones de libras; en 1916, a 1.624 millones de libras; en 1917, a 1.988 millones de libras; en 1918 a 1.690 millones de libras. En cinco años de guerra el déficit del presupuesto inglés asciende a 6.850 millones de libras. Aproximadamente 75.700 millones de pesos nacionales, a la par. Los precios de las materias primas insustituibles sobrepasan todos los límites.

Esa catástrofe beneficia a la Argentina, pero no en la medida en que beneficia a otras naciones. El balance de pagos argentino da, por primera vez en la historia, un balance positivo. Por primera vez en la historia económica argentina el valor de los productos que Inglaterra extrae de la Argentina, supera al valor de las rentas que como servicios financieros la Argentina debe abonar a Inglaterra. Inglaterra puede saldar esa diferencia dando en pago los títulos argentinos o las acciones ferroviarias. Pero Inglaterra no pierde el fin y paga con oro contante y sonante y con un sorprendente crédito que el gobierno argentino abre a nuestros acreedores, Inglaterra y Francia.

El cataclismo europeo no modifica esencialmente las relaciones de la Argentina y de Inglaterra; pero, un nuevo factor perturbador aparece en el mundo: el prepotente capitalismo norteamericano, que se dispone a seguir las huellas de Inglaterra. La política invisible de la dominación capitalista se va a enmarañar un poco. La oligarquía argentina tendrá dos patronos a quienes ofrecer sus servicios.

Norteamérica envía un grupo de técnicos a la

República Argentina. Uno de ellos, el agrónomo Mr. Snow, especialmente comisionado por el Gobierno Estadounidense determina con exactitud casi matemática las probabilidades argentinas, y sus capacidades de producción. Dice textualmente: "que otros países podrán producir cereales más baratos que la República Argentina, considerando su rendimiento actual por hectáreas, pero ningún país podrá producir carne en calidad y cantidad igual al precio a que puede producirla la República Argentina". Poco tiempo después, el capital norteamericano construye los grandes frigoríficos de Swift y quiebra todas las organizaciones defensivas inglesas armadas aquí y en Inglaterra. Aquí por elevación de los precios de compra de los animales. En Londres por reducción de los precios de venta al por mayor. El ministro inglés, consejero de todos los monopolios ingleses, comunica al gobierno argentino "que su propio gobierno miraría con simpatía cualquier acción tomada con el propósito de prevenir el monopolio en el comercio de carnes". Creo que no es necesario subrayar la ridiculez de este petitorio que, como es lógico, hubiera permanecido secreto si los agentes norteamericanos no se hubieran encargado de darlo a la publicidad por la Federal Trade Commission.

La lucha de las dos edicias comienza a hacer visible la invisible política del capitalismo inglés.

El ímpetu norteamericano es incontrarrestable al principio. La bandera del progreso que durante setenta años envenenó la entrega de nuestra economía a favor de Inglaterra está ahora en manos de norteamericanos. Norteamérica presta a manos llenas. Presta legítimos dólares, presta oro contante y sonante. Norteamérica trae el automotor, la radio, el cine. Y todo lo entrega a manos llenas, con facilidades de crédito inusitadas. El avance preocupa a Inglaterra. Inglaterra piensa. Inglaterra calcula. Los cerebros mejor dotados del mundo tienen su atención fija en la economía argentina. Inglaterra empobrecida no puede competir sino con su astucia, pero la astucia inglesa es un capital considerable. El capital norteamericano adquiere las acciones de la Unión Telefónica. La compañía cambia de bandera. Los ferrocarriles corren peligros también. Un banquero norteamericano, Farquhar, anda en tratos con algunos de ellos. Inglaterra prohíbe la venta de acciones ferroviarias a quien no sea in-

glés o argentino. Eso ocurre en 1928. Por eso las acciones ferroviarias se cotizan a los precios que se cotizan. La libre competencia no existe para los papeles que contienen el dominio de la República Argentina.

El primer síntoma de la reacción inglesa es la campaña contra el imperialismo de la Standard Oil. El petróleo es la única riqueza argentina que el Estado administra. Es la única riqueza que es aún verdaderamente argentina. Hemos cedido al extranjero los puertos, los servicios sanitarios, los ferrocarriles. De monopolios extranjeros, casi exclusivamente ingleses, son las usinas del gas, los tranvías, las compañías de navegación de cabotaje. Pero nadie habla contra el imperialismo inglés. La Standard Oil es el único terrible fantasma de que hablan por esos años los críticos de nuestra economía, incluso los comunistas.

Apenas la Standard ha puesto un pie en nuestro país, el país que soporta todos los monopolios ingleses de sus riquezas fundamentales, se levanta erizado. Es cierto que la Standard es terrible y sus hazañas forman una historia de bandidos bastante intimidadora. Es cierto que sus comienzos en el país hablan poco a su favor. En

Plaza Huincul las perforaciones del Estado descubren petróleo. Hermitte, director de Minas y jefe del petróleo en esos años, envía un telegrama urgente a Sol, un explorador que actuaba en Comodoro Rivadavia. El telegrama decía: "Trasládese urgentemente a Plaza Huincul". El cateo nacional fué rodeado materialmente por un círculo de pertenencias a nombre de Sol, el círculo de hierro, que poco tardaron en pasar a poder de la Standard. Pero no menos cierto es que historias no más edificantes sucedieron en la administración nacional y pasaron en silencio cuando ocurrieron a favor de Inglaterra, a favor de sus ferrocarriles, a favor de sus usinas de gas, a favor de sus frigoríficos.

El capital norteamericano es un capital impetuoso, casi insolente. Carece de educación y hasta de urbanidad. Es un capital que desprecia la preparación psicológica de los dirigentes y de los países en que actúa. No tiene esa fineza casi femenina de la política inglesa. La lentitud burocrática lo desazona. La opuesta táctica inglesa ya rehecha, lo desconcierta y le infunde tentaciones de cometer actos fulminantes. El 6 de Septiembre es la realización de esas tentaciones.

La política inglesa después del 6 de Septiembre de 1930

Es difícil que Inglaterra no haya previsto a tiempo el estallido de esa revolución. Es más fácil suponer que calculó de antemano la poquedad de su acción y la rapidez de su desprestigio. El 6 de Septiembre evitó la inminente nacionalización del petróleo, que hubiera desterrado a la Standard Oil, y dictó las leyes de vialidad y de impuesto a los réditos. La ley de vialidad era una agresión al capital ferroviario. Hacer caminos en este país es lastimar a los ferrocarriles ingleses. El impuesto a los réditos hubiera perjudicado a Inglaterra directamente si sus capitales no estuvieran por concesión libres de todo gravámen, hasta el aduanero, en su mayor parte. El 6 de Septiembre quizá dañó ligeramente algunos privilegios ingleses, pero dió origen al gobierno del general Justo. El gobierno del general Justo es la represalia inglesa. El general Justo ha realizado las supremas aspiraciones del capitalismo inglés, aquellas que ni los más nefastos gobiernos oligárquicos se atrevieron a conceder. El general Justo es la creación visible de la invisible política inglesa.

El plan estratégico inglés se cumple sin precipitaciones. Frente a la ilegalidad y a la dictadura, Inglaterra se alza en defensa de la democracia. Su candidato es el general Agustín P. Justo. Es un candidato inmejorable porque sonríe siempre y a toda solicitud contesta con una aquiescencia. El general Justo promete mucho, pero

Inglaterra solamente sabe lo que hará. El general Justo asume el mando, electo por el fraude y por Inglaterra, no por el pueblo argentino, pero como es tan difícil discriminar dónde comienza Inglaterra y dónde termina la Argentina, el truco se olvida pronto.

Un calculador desprevenido creería poder demostrar que todas las riendas de la producción argentina están ya en poder de Inglaterra, con excepción del petróleo, pero Inglaterra sabe que el futuro es alguna vez presente.

Rumores de guerra circulan por Europa y es preciso anticiparse a las circunstancias desagradables. Mediante la conferencia de fletes, Inglaterra fiscaliza la exportación, monopolizada por tres firmas combinadas, cuya principal, Bunge y Born, retiró su sede de Londres sólo para eludir los impuestos a la renta. El trigo argentino es un arma de dumping con el cual se abaten las pretensiones insostenibles de las colonias inglesas trigueras, Canadá y Australia. Para no perder su control es indispensable que no prosperen iniciativas semejantes a la red de elevadores que con terminal en Rosario rigen cooperativas de agricultores. La agremiación de productores en una obra común es una amenaza seria. El decreto del 13 de Abril de 1932 suspende al garantía gubernamental porque, según reza el decreto, se iba a cometer la barbaridad de emplear 4.487.263 pesos del Banco de la Nación en una obra útil.

El comercio de carnes debe estar bajo el control absoluto de Inglaterra. Por el Pacto Roca el 85 por ciento de la carne exportada a Inglaterra es repartida al arbitrio del Board of Trade. La amenaza norteamericana ha sido desbaratada. Si no se someten a la política inglesa, Inglaterra puede suprimir el derecho de exportación a los frigoríficos de esa nacionalidad.

Además, por el mismo pacto se cierran las posibilidades de que experiencias tan aleccionadoras como la de Gualaguaychu, pueden repetirse, y se prohíbe que los capitales argentinos puedan dedicarse al negocio de frigoríficos con fines de lucro.

La oficina de control de cambios abandona de inmediato el dolar que había sido adoptado como moneda tipo en la determinación del valor de las divisas, y adopta la libra esterlina. El peso argentino, además de su variación propia, regulada aparentemente por la dicha oficina, varía en cuanto a su valor internacional, según varía la libra esterlina. Para sostener sus exportaciones de artículos manufacturados, Inglaterra desmiente el valor de la libra. Junto con la libra, como un satélite sin órbita propia, cae el peso argentino.

La Royal Dutch, la gigantesca empresa de petróleo inglesa, digna rival de la Standard, entra en tratos para adquirir la totalidad de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales. Es un negocio de muchos millones de pesos. Sus representantes se trasladan a la República Argentina y visitan los yacimientos. El negocio aborta, porque la Standard se entera y lo da a publicidad en el mundo entero. La publicidad realizada en torno al petróleo mantiene alerta en esta tema al pueblo argentino. Inglaterra teme una sublevación y posterga el negocio.

El transporte automotor será entregado a Inglaterra mediante una especie de coordinación, que disimulará la cesión. El plan es semejante, en sus delineamientos, al plan con que en 1920 los ingleses pretendieron absorber gratuitamente las líneas ferroviarias del Estado, y que fué energíamente rechazado por el presidente Frigoyen. La coordinación ya está aprobada por la Cámara de Diputados. Será aprobada por Senadores en el transcurso de las primeras sesiones del año. El gobierno del general Justo está empeñado y en su consecución trabaja desde que asumió el poder. En su mensaje de 1933, dijo que el P. E. estaba preocupado por la "competencia perjudicial" para los ferrocarriles ingleses de los ómnibus y similares y que el problema debe resolverse "mediante una coordinación de transportes", porque los ómnibus y similares tienen el defecto de la "modicidad de tarifas y mayor elasticidad".

Pero todo esto es bagatela frente a la fundación ignominiosa del Banco Central. Para llevarlo a cabo fué necesario cambiar de ministro de Hacienda, pues el ministro Hueyo, aunque allegado al capital inglés, no se atrevió a implantarlo. Un pequeño

ambicioso, antiguo abogado de empresas extranjeras, un cinico político sin mas convicciones que las de su conveniencia personal, fué el ejecutor material de ese ultraje a la responsabilidad nacional.

Una de las causales aducidas en beneficio del Banco Central es la separación de los problemas económicos de la influencia de la política, como si la política no fuese la esencia de la soberanía o como si un orden o actividad nacional pudiera superar milagrosamente a otro orden. Nuestra política es mala porque toda la conformación del país está corroida en sus fuentes por el capitalismo extranjero, inglés ante todo. Y es mala porque escucha, más que a los dictados de la necesidad nacional, a las insinuaciones de ese capital corruptor. Pero es tan mala como nuestro periodismo, esclavo de ese mismo capital; como nuestra educación sin realidad y sin objetivo o como nuestros sistemas defensivos, no orientamos contra el verdadero enemigo oculto en las entrañas de las instituciones, en una palabra, como todo lo que es creación directa o indirecta de la invisible dominación inglesa.

Señores, no voy a usar palabras mías. Voy a repetir lo que en circunstancias menos graves dijo Aristóbulo del Valle: "hay una cosa que no se puede entregar jamás: la llave de la política, porque la política es la soberanía. Sin embargo, en este momento sentimos la impresión bochornosa de no poder legislar sobre nuestra moneda durante tal o cual período si se quiere que Inglaterra garantice un préstamo. Entregar el control de la moneda es entregar el control de la política, es decir, la soberanía". El Banco Central es la entrega, no durante un período, es la entrega permanente a Inglaterra de la moneda y del crédito argentinos. El ha echado sobre nuestra generación la responsabilidad de haberlo permitido sin sublevarnos.

Por entregas menos totales muchos países dejan de ser considerados como países en el ámbito internacional. Refiriéndose, por ejemplo, al empréstito que algunos banqueros norteamericanos hicieron a Bolivia, dos escritores norteamericanos, Scott Nearing y Joseph Freeman, escriben, en su ilustrativo libro "La diplomacia del dolar": "La Comisión Fedrae Permanente nombrada por los banqueros, tiene la llave económica de la vida de la República de Bolivia y los banqueros fiscalizan la Comisión. Hasta ahora no ha habido incidentes ni ha surgido cuestiones políticas. Pero este contrato de empréstito liga a los representantes de los banqueros acreedores con el corazón mismo de la vida política boliviana. Si surgiera algún incidente, los miembros de la Comisión, que son ciudadanos bolivianos, se convertirían automáticamente en las figuras centrales del mundo político de Bolivia. Esta circunstancia puede motivar un problema internacional de primera magnitud entre gobiernos de los Estados Unidos y el de Bolivia. Aun cuando este problema no llegue a plantearse, subsiste el irritante hecho de que los repre-

sentantes de un sindicato bancario yanqui están administrando la hacienda de una república hermana".

La mentada Comisión no tiene las atribuciones que aquí se han concedido a los allegados a empresas inglesas que manejan el Banco Central. El gobierno boliviano tiene la excusa, si es excusa, de que obró bajo el apremio del dinero ofrecido por los banqueros. Ni esa excusa tendrá este gobierno cuando se lo responsabilice ante la conciencia nacional.

Nuestro gobierno ha sido más sumiso a la voluntad inglesa que el Parlamento de la India. Con los mismos pretextos usados aquí por Otto Niemeyer y su vocero Federico Pinedo, Inglaterra quiso imponer a la India un Banco Central en 1926. La oposición fué tan enérgica que aún no ha sido posible fundarlo. En su excelente y desconocido opúsculo, "La Politique monétaire Anglaise dans l'Inde", el administrador colonial francés, René Leroi, nos resume el cuadro de esa oposición. Dice: "La ley financiera —del Banco Central— elaborada por Sir Basil Blacket en los comienzos de 1927, adopta las conclusiones de la "Royal Commission on Indian Currency and Finance". Presentada en el mes de Septiembre a la Asamblea Legislativa India, encontró una tan fuerte oposición que el Gobierno Inglés prefirió retirar su proyecto".

"El partido político que suscitó esa oposición

no debe, sin embargo, hacerse ninguna ilusión. El texto de esa ley pasará, tarde o temprano, porque Inglaterra no tiene por costumbre abandonar sus proyectos y sabrá obtener de la oposición una acción benévola a cambio de otras más amplias compensaciones en otros terrenos". (Obra citada, pág. 73).

"Inglaterra tiene un interés primordial en que la reforma monetaria se efectúe, como lo ha especificado la Commission Babington en 1920 con las siguientes palabras: "En el interés del Imperio Británico es deseable que el sistema monetario de la India sea tal que facilite y estimule los intercambios comerciales en el interior del Imperio Británico más que los intercambios con el exterior y es además conveniente retener en el círculo del Imperio las finanzas del comercio indio". Es lo que se propone realizar el Banco Central, rechazado en la India, impuesto en la Argentina.

A pesar del agorero pronóstico de Leroi, el Banco Central no ha sido aún implantado en la India. La oposición no se ha rendido a las seducciones políticas con que Inglaterra ha intentado conmovir su intransigencia, y el virrey inglés no se ha atrevido a proceder como se procedió en la República Argentina.

Sir Otto Niemeyer está actualmente en la India empeñado en su tarea corruptora. ¿Conseguirá lo que consiguió entre nosotros?

Impiedad inglesa para consumir hombres

Señores, el tiempo me corre, pero no quiero terminar sin esbozar algunas perspectivas que presenta el panorama argentino desde este punto de vista. Lo que se induce de toda la política inglesa no es favorable al presidente Justo. Inglaterra se ha caracterizado por su impiedad para consumir hombres. Los usa y los repudia sin misericordia. A Rivadavia lo usaron para iniciar la división de los argentinos en esas banderías de Unitarios y Federales, para endosar el primer empréstito, para fundar el primer Banco Nacional, antecedente valioso del Banco Central, y para segregarnos la República Oriental del Uruguay. Cuando las acciones que cumplió al servicio de la política invisible inglesa lo cubrió de impopularidad, los ingleses lo precipitaron para siempre al abismo del anónimo. El presidente Juárez Celman vendió todos los ferrocarriles nacionales, fomentó la política de amilantamiento con las facilidades al crédito y al desfilfarra, contrao enormes deudas, cuando sus acciones útiles a la política invisible lo desprestigiaron totalmente, se lo hizo caer, a pesar de haber eliminado la revolución que contra él se levantó. El mismo Pinedo es un ejemplo. Se lo utilizó con una velocidad tan pasmosa que sólo es comparable a su

inconsciencia. Cuando cumplió el recado, se lo arrojó como se arroja el carozo de una fruta y se le substituyó por otro abogado, ferroviario de reputación más liberal.

Cuando la coordinación se apruebe, Inglaterra no tendrá más que pedir a este país. Todos los resortes del manejo público y mercantil estarán en sus manos. La política inglesa se orientará hacia el cuidado del orden y del respeto a las situaciones creadas y distenderá todas las ligaduras de mera apariencia política.

El partido Radical con su base popular, sería un excelente partido gobernante si sus dirigentes se comprometieran a respetar las situaciones de hecho y el nuevo orden económico financiero creada durante su desalojo del poder. ¿Dejará la ambición de los dirigentes a obliterarse voluntariamente y por anticipado toda libertad de acción y a prestarse a ser simples instrumentos de la dominación invisible del capitalismo inglés? Me duele tanto suponerlo como recordar que soy condescendiente de los miembros del actual gobierno. Me resisto a creer en las voces malignas, aunque es mal presagio el silencio religioso mantenida frente a estos problemas trascendentales para la existencia

del país y la elección de hombres en su mayoría íntimamente ligados a las empresas capitalistas inglesas que explotan el país. De todas maneras, lo fundamental no es saber si existe un pacto entre Alvear y Justo. Lo fundamental sería que existiese un pacto entre Alvear y los dirigentes ingleses.

También es un mal síntoma la decadencia del pseudo nacionalismo fascista que prosperó con brio musitado después de Septiembre de 1930. Es evidente que Inglaterra se equivocó y estimuló sus actividades. El corporativismo local le ofrecía la perspectiva tentadora de hacer intervenir directamente a los representantes de su capital en el manejo de la cosa pública, sin pasar por la mascarada del fraude. Los nacionalistas hicieron todo lo posible para demostrar que estaban dispuestos a servir a Inglaterra. Atacaron al doctor de la Torre cuando denunciaba los manejos de los frigoríficos; defendieron la coordinación, acusando de vendidos a la Standard a los que se oponían a ella. La orfandad en que han caído esas corrientes; el silencio con que las amortajan los grandes diarios; la defensa de la democracia y de la libertad electoral que acomete con diversos tonos el periodismo local, demuestran que Inglaterra se ha rectificado y que hoy, como ayer, frente a Uriburu, su política visible apoya las fracciones democráticas dispuestas a obedecer los dictados de su política invisible.

¿Es difícil ser leal para con los intereses nacionales! Hasta los rebeldes pueden ser instrumentos de la dominación. El mismo comunismo, que es doctrinariamente anti-imperialista, puede, a pesar de sus declamaciones, ser útil al dominio inglés. Al menos su política local es altamente sospechosa. El comunismo, que en esencia debía interpretar la voluntad de mando de la clase más desamparada, ha servido en realidad para apartar a la inteligencia y a la juventud locales del estudio de los problemas nacionales y ha encauzado su pasión y su desinterés hacia preocupaciones absolutamente exóticas que no nos atañen en lo más mínimo, como el peligro japonés en oriente, las tendencias expansionistas de Alemania hacia el este o la agresión italiana a Etiopía, obediendo a consignas extrañas a las necesidades nacionales, y olvidan-

do, con curiosa uniformidad, el estudio de las agostadoras consecuencias que para el proletariado local tiene el imperialismo económico de Inglaterra. Menos extraña resultará esta política si se recuerda que Moscú ha pactado con Francia y está en tratos amistosos con Inglaterra. Se puede hablar contra el imperialismo en general, sin molestar a los imperialismos concretos.

Señores, no quiero terminar con palabras desalentadas, que traducirían mal las perspectivas que ofrece el estado actual del país. Voy a concluir repitiendo unas palabras que escribí en Europa, donde residí en 1934, cuando tuve el alto honor de ser desterrado por este gobierno. "La verdad no nos avergüenza ni nos amilana. Fuimos sorprendidos en nuestra buena fe de pueblo joven, pero tenemos confianza en nosotros mismos, en la cohesión de nuestro espíritu y en la voluntad del pueblo argentino, que está encadenado, pero no sometido. Sabremos enmendar los yerros que no fueron nuestros y reconquistar el dominio que nos fué usurpado".

"En 1806 y 1807 dos expediciones inglesas bien pertrechadas y suficientemente numerosas como para asegurar la conquista, invadieron la ciudad de Buenos Aires. Las dos veces fueron derrotadas por una población civil que apenas duplicaba el grueso de las tropas. Los comerciantes ingleses cumplieron la obra que sus soldados no pudieron realizar".

"Se engaña quien crea de cualquier manera mellada la filosa alma nacional argentina. A principios del siglo pasado, Buenos Aires supo encabezar y ayudar la liberación de toda la América del Sur. La juventud argentina está sabiendo que hoy, nuevamente, cien millones de suramericanos esperan su palabra de orden".

Esta agrupación, que trata de enmendar con sus críticas la línea de conducta del más numeroso partido nacional y quiere tomar como base de su acción política el firme terreno de los hechos económicos primordiales, es uno de los síntomas más halagüeños para los que aspiramos a ver una Argentina realmente sana, realmente fuerte y realmente soberana.

Raúl SCALABRINI ORTIZ.

Marzo 1936

LA ARGENTINA, base y arma del abastecimiento inglés

PIDO disculpas anticipadas a Uds. por la andanada de números con que me dispongo a ametrillarlos. Es cansador leer una ringlera de cifras disciplinadas como soldados y que como soldados obedecen a la voluntad, no siempre bien intencionada, del que los disciplinó. Pero mis números tienen una virtud particular: están al servicio de sentimientos comunes. Quieren ser el apuntalamiento de información de la voluntad reivindicatoria que nos anima. Por entre ellos circula una vida y una pasión. Estos números que testifican el encadenamiento de un pueblo y su explotación por otro son las venas y las arterias de los intercambios en que la vida misma existe.

El número goza de una elocuencia particular, tiene un modo de convencer sobrio, profundo y perdurable. La palabra entraña un peligro en la incertidumbre de su exclamación, que arrebatada con más facilidad y exalta, pero los entusiasmos y decisiones que provoca suelen ser efímeros como la flámula sin calor de la hojarasca.

A nadie le son indiferentes los números, cuando los números se refieren a su propia vida. Los números de su propia vida apasionan a todos. El número de pesos mensuales que recibirá en su empleo y el número de pesos que podrá gastar en comer, vestir o divertirse, son cifras habituales de la conversación cotidiana. Pero para ocuparse de los grandes números, en que la existencia colectiva se concreta, se requiere una sensibilidad especial y una educación particular. Se requiere que el lector o el auditor aprecie su propia vida como comprendida dentro del juego de esos números inmensos. Se requiere que una educación previa le haya enseñado a sentirse una molécula inseparable del conjunto nacional y a comprender instintivamente, sin proponérselo en cada caso, que las fluctuaciones de su poder adquisitivo y el número de alegrías que tiene virtud para conquistar, son simples anécdotas involucradas en los números que determinan los movimientos conjuntos. En una palabra, se requiere que el lector o el auditor posea una fuerte conciencia nacional. Y ese no es el caso habitual entre nosotros, porque la disgregación del cuerpo nacional en pequeñas particularidades y en pequeñas banderías, ha sido y es un propósito constantemente perseguido por los que aprovechan de esa desunión: los capitalistas extranjeros que espolian la tierra argentina y la oligarquía argentina al servicio de ese capitalismo.

Pero, hay un tipo de lector y de auditor para

el cual el número debe ejercer un atractivo excepcional: es aquel que, más que las necesidades personales, siente la responsabilidad de las necesidades colectivas. Estos números son colaboradores de la terrible tarea que por propia decisión hemos emprendido: la de reconquistar la independencia económica y la libertad política; en una palabra: la de rehacernos una patria que estamos perdiendo.

La libertad política nominal, encubre admirablemente el encadenamiento invisible de la economía fundamental de los pueblos. Así, a partir de 1853, gozamos una soberanía y una libertad política tan nominal como el valor de nuestros billetes de Banco. El pueblo podía votar por cualquiera de los candidatos previamente seleccionados por los representantes ingleses. Una oligarquía bien pagada, es el instrumento más eficaz para encadenar a los pueblos.

Así vivimos hasta el año de 1916. Un abogado inglés nacido aquí, sucedía a otro abogado inglés o a algún general rapiñador de tierras públicas, bien rodeados de ministros sobornados. Un episodio que me narró como fidedigno un amigo, resume exactamente la convicción que sobre nuestra independencia tenía Inglaterra. Hipólito Irigoyen debía asumir el mando. El ministro de Gran Bretaña lo visitó para decirle que todos los presidentes argentinos consultaban al gobierno inglés para el nombramiento de sus ministros y que creía que esa tradición no se interrumpiría. La negativa de Irigoyen, le enajenó para siempre la simpatía de los que aspiraban a seguir gobernando bajo el manto de las reivindicaciones populares nominales. No puedo garantizar la legitimidad de ese episodio, pero de todas maneras en él se sintetiza toda una expresión de gobierno. Lo ocurrido en antecámara es más importante para la historia argentina, que los ocurrimientos públicos. Lo público y visible aparece cuando los asuntos han sido arreglados en la intimidad invisible. El trámite de la "coordinación de transportes" y del "Banco Central" pueden dar una idea cercana al respecto.

Es triste confesarlo, pero la historia de entretelones dice que siempre fuimos un organismo colonial inglés, tan hábilmente tramado, que sólo los entendidos podían descubrir las conexiones de nuestra finanza y de nuestra política con las decisiones y los intereses de la metrópoli. Pero a partir de Septiembre de 1930, el sometimiento se tor-

na tan visible y se ajustan tan desconsideradamente los órganos de cuya libertad depende la existencia misma de la Nación, que hasta los más le-

gos comienzan a preocuparse de los grandes problemas nacionales y a denunciar las causas de nuestro inconmensurable empobrecimiento.

La crisis económica no afectó los factores vitales de Inglaterra

El coro de venales no se da tregua. Es indispensable impedir que el pueblo argentino conozca su verdadera realidad. La lucha contra el imperialismo, dicen, es una táctica comunista, ajena a nuestras tradiciones. El malestar argentino es una simple repercusión de la crisis que asola a todas las naciones del orbe por igual, dicen constantemente y en todos los tonos los diarios, únicas fuentes habituales de información, y repiten los políticos con reputaciones de estadistas. Se afirma desenuelatamente que el agotamiento de todas las energías a que asistimos aquí, es menos grave que el de las restantes naciones del mundo. Nuestra decrepitud pasajera es un efecto de la contracción de los mercados internacionales. El derrumbe de los precios, un resultado de la superproducción y del menor consumo de alimentos de los pueblos europeos, empobrecidos por la guerra.

¿Es esto cierto? ¿O esta aseveración es una de las tantas mentiras de que se valen los dominadores para evitar la sublevación de los pueblos? El interés de los fondos públicos ingleses sufre un quebranto del 29 0/0 y cae del 4.60 0/0 a 3.38 0/0. El intercambio se restringe. El volumen y el valor de las exportaciones inglesas desciende de 816 millones de libras en 1929 a 433 millones en 1933. Las actividades industriales, fabriles y mercantiles se anquilosan. La extracción de carbón, de 262 millones de toneladas en 1929 baja a 210 millones en 1933. La producción de mineral de hierro cae de 13 millones de toneladas a 7 millones. El acero de 9.700.000 a 5.300.000 toneladas. Estos son datos del "Annuaire Statistique" de la Sociedad de las Naciones repetidos a cada momento. La paralización de energías provoca una desocupación que la ingenuidad de fantasía del lector sudamericano supone fantástica, desarropada y víctima de la intemperie. El número de proletarios sin trabajo sube en Inglaterra de 1.204.000 en 1929 a 2.821.000 en 1933.

Así presentado, este cuadro de Inglaterra es tan realmente desolador que hasta la queja de nuestra propia miseria sofoca. El razonamiento inmediato acalla las voces de nuestra protesta. Si Inglaterra, una de las naciones más poderosas del mundo atraviesa quebrantos semejantes, a nosotros no nos queda más recurso que resignarnos, cerrar los ojos y esperar el advenimiento de una nueva época de prosperidad que comenzará el año que viene, según se asegura desde 1930.

Sólo clamores y quejumbres oímos en esta tierra argentina. Murmullos de lamentos musi-

tados en voz baja se arrastran hasta nosotros desde todos los horizontes económicos y geográficos. Pero el ingeniero que merodea un puesto para pagar su ínfimo alquiler, el abogado sin litigios, el inventor que no sabe a quién vender sus patentes, el industrial que entorna sus fábricas y despide sus obreros por falta de ventas, el comerciante, antes orondo, que medra apenas, el chofer de taxímetro liquidado, la vasta población agraria hecha "linyera", el espectáculo de pueblos erigidos con carretas en los callejones públicos por trabajadores expulsados de sus tierras, sólo obtienen de nuestro juicio un subrayado de piedad:

"Es la crisis, decimos. Es la misma crisis por que atraviesa Inglaterra". Y al pensar así, inconscientemente servimos a los usufructuarios de nuestra pobreza, porque nos hacemos eco de una mentira. En la relación de Inglaterra y de la Argentina, los únicos sufridores de la crisis somos nosotros exclusivamente. Pasará la crisis, si pasa, e Inglaterra se habrá vuelto más rica a nuestra costa. Nosotros estaremos más pobres que antes. El patrimonio inglés radicado en Argentina habrá aumentado. El patrimonio argentino habrá disminuido. La pampa argentina seguirá despoblándose si así conviene a Inglaterra. La inteligencia, la voluntad, la imaginación argentinas seguirán siendo facultades perjudiciales para el dominio inglés, que Inglaterra continuará hostigando en esta tierra, mediante sus agentes gubernativos. Y vamos a demostrar estas afirmaciones.

Examinemos primero cuidadosamente la realidad inglesa, a través de sus estadísticas oficiales. Comprobamos, ante todo, que lo único que en Inglaterra se ha estancado es aquella parte del comercio y de las industrias que surtían manufacturas a la exportación. Inglaterra manda menos cantidad de mercaderías al exterior, pero esta contracción no es un efecto directo sino mediato de la crisis. Inglaterra exporta menos mercaderías porque ante el desmedro de los precios de las materias primas, los servicios financieros del exterior son suficientes para saldar sus cuentas. Pero las industrias que sirven a las necesidades internas de su población, las industrias trazadas para el bienestar de los ingleses, no han soportado agostamiento alguno. Antes bien, han desarrollado intensamente su capacidad productora. La construcción de automóviles, por ejemplo, que es un índice excelente para pulsar el

grado de prosperidad actual de un pueblo, ha ascendido en estos años llamados de crisis, en que nosotros volvemos lentamente al birloche.

Inglaterra construyó 239.000 automóviles al comenzar la crisis en 1929; en 1930 construye 237.000; en 1931, 225.000 y en 1933, 286.000. Es decir que en 1933, año de terrible crisis para nosotros — en que hasta la importación de complementos agrícolas se reduce a menos de una décima parte y el número de tractores importados cae de 1.078 en 1929 a 6 en 1933; los arados de 57.787 a 376; las sembradoras de 23.876 en 1929 a 138 en 1933; las rastras de 2.615 a ninguna en 1933 — Inglaterra, opulenta y señorial, construye 47.000 automotores más que en el último año de prosperidad. Y no se conjeture un atraso en transportes automotores que Inglaterra trata-

ra de compensar con un esfuerzo en estos años. En 1931, en Inglaterra había 1.154.709 automóviles particulares; 49.910 ómnibus y 365.554 camiones de carga. (Estudios de la Chambre de Commerce International).

Con excepción de un año, 1929 el índice de las construcciones, otro buen indicio de prosperidad, no cae y el promedio de 1932 y 1933 supera el promedio del quinquenio 1925-1929, según números índices de "London and Cambridge Economic Service".

Otro síntoma de holgura es el consumo de electricidad que crece con rapidez superior al incremento de la población. El número de kilovatios consumidos pasa de 10.402 millones en 1929 a 14.176 millones en 1933.

Los consumos ingleses aumentaron durante la crisis

A pesar de constituir estas citas indudables síntomas de salud económica, estimo que, más que ningún otro dato, el que mejor califica el nivel de un pueblo es el tipo de su alimentación, la cantidad de vituallas ingeridas. Un rico puede en un momento dado monopolizar gran cantidad de riqueza o de productos industriales e invalidar así cualquier deducción que se saque de las cifras genéricas, pero la diferencia de materia alimenticia gruesa es muy escasa entre el rico y el desamparado. Puede haber regiones enteras cuyos promedios de alimentación se alcen a costa de las regiones restantes del país, como ocurremos sucede en la Argentina. Pero los promedios que se deduzcan de las cifras globales no pueden alterarse notoriamente por el consumo exagera-

do de unos pocos. Y el tipo de alimentación de Inglaterra, que era ya antes de la crisis uno de los más completos, ha mejorado en estos años en que zonas enteras del país argentino se pauperizan.

Inglaterra es una isla de fertilidad mediana cultivada con prolijidad. Su producción agropecuaria alcanzaría escasamente para alimentar a la mitad de su población, pero Inglaterra es abastecida por el mundo entero e importa del exterior cuatro quintas partes de la materia panificable y de las frutas que consume. La mitad de las carnes, huevos y productos de lechería. Una tercera parte del pescado y de los vegetales.

Cada año Inglaterra absorbe, aproximadamente, según cómputos de "World of Facts", edición de 1934:

el 21 o/o de aveca;	el 61 o/o de leche condensada;
el 32 o/o de trigo;	el 66 o/o de carnes bovinas.
el 40 o/o de huevos.	el 67 o/o de manteca, tocino y jamón;
el 40 o/o de queso;	el 93 o/o de cordero.

El 20 o/o de las exportaciones mundiales de cebada;

Al revés de lo que sucede entre nosotros, en esta época llamada de crisis, las importaciones inglesas de materia prima y de alimentos aumentan, y alcanzan:

	1929	1930	1931	1932	1933
	Toneladas	Toneladas	Toneladas	Toneladas	Toneladas
Lana	369.000	355.000	385.000	406.000	431.826
Trigo	5.678.000	5.323.000	6.067.000	5.367.000	5.683.000
Maíz	1.773.000	1.736.000	2.706.000	2.683.000	2.608.391
Papas	298.000	231.000	846.000	790.000	
Manteca	324.934	346.552	409.468	424.327	448.811
Harina	493.000	536.000	546.000	533.000	500.075
Avena	352.000	491.000	445.000		
Arroz	121.000	116.000	122.000	125.000	102.000
Azúcar	2.137.000	1.947.000	1.862.000	2.121.000	2.078.024
Café	28.000	41.000	38.000	38.000	
Carnes	1.335.536	1.326.032	1.441.784	1.519.744	
Cebada	608.515	772.585	783.525	517.069	812.059
Bencina	2.501.000	2.071.000	2.878.000	3.097.000	

(Cifras de "The Statesman's Year Book 1934, excepto para las carnes, que pertenecen a Revista Económica de junio 1933.)

Este acrecentamiento de materias de consumo es consecuencia de la caída de los precios y del sostenimiento interno en Inglaterra de los sueldos y salarios que no han sufrido crecencia mayor, en promedio del 5 o/o.

Estudicemos las condiciones del trabajo, que son las que integran las mayores masas de todos los países y especialmente de Inglaterra. "L'Annuaire du Bureau International du Travail, 1933", apéndice II, nos da un resumen de las rebajas impuestas a los salarios en las varias industrias inglesas. El quebranto es:

En las industrias de:

Impresión	el	0 o/o
Metalúrgica	"	0 "
Ferrocarriles, tranvías y camiones	"	3 "
Vestidos	"	4 "
Agricultura	"	4 "
Alimentación	"	4 "
Madera	"	4 "
Construcción	"	9 "
Navegación	"	10 "

Es decir, que salvo los gremios de construcción y de navegación, los operarios ingleses no han sobrelevado descuentos apreciables. Pero esta disminución es más aparente que efectiva, porque simul-

táneamente el costo de la vida ha descendido muy por debajo de esos porcentajes de descuentos. El precio del trigo argentino, que vale en Londres 42 chelines por quarter en 1929, desciende a 21 chelines en 1933. El maíz que cuesta 36 chelines en 1929, desciende a 16 chelines en 1933. La carne argentina cae de 72 chelines por centweight (cuarto trasero de la calidad) en 1929, a 56 chelines en 1933. (Datos del Anuario Agropecuario, 1935, de la Dirección de Economía Rural y Estadística.) De esta manera, la relación del salario al costo de la vida ha aumentado. La "Revue de la Situation Economique Mondiale", año 1933-34, pág. 178, dice: "Las ventajas relativas proporcionadas por el descenso de los alimentos han beneficiado en la mayoría de los países a la categoría de trabajadores que han continuado conchavados".

La aptitud de compra del trabajador inglés, no obstante las rebajas, es superior a la del promedio 1925-1929 en un 9 o/o en 1933 y en un 11 o/o en los primeros meses de 1934, según cálculos de la revista citada. Es decir, que el obrero inglés puede adquirir más mercadería que en 1929, año en que, sin embargo, tenía un "standard" de vida muy superior al de antes de la guerra, según lo veremos luego. Esa facultad adquisitiva es la que ha aumentado el volumen de las importaciones y mejorado la vida en Inglaterra.

El nivel medio de vida es en Inglaterra muy superior al Argentino

Para dar una idea más concreta de la realidad inglesa, consignaré los salarios promedios de los obreros y su equivalencia en pesos argentinos, al cambio de \$ 17 por libra. Las cifras originales se

extrajeron de "El año social 1934-35", publicación oficial de la Oficina Internacional del Trabajo.

GREMIOS	Salario semanal en chelines y peniques	Equivalenc. mensual en \$ m/n.
Mecánicos de fábrica	63 3	215.05
Maquinistas de ferrocarriles	de 69 5 a 86 6	de 236.— a 294
Personal de tracción y carga	62 2	211.37
" " talleres y almacén	64 11	220.70
" " vía y obras	42 10	146.40
Albañiles en general	65 5	222.40
Carpinteros en general	65 4	222.10
Pintores de obra	64 11	220.70
Electricistas de obra	69 5	236.00
Peones de obra	49 2	167.20
Ebanistas	68 1	231.40
Tapiceros	67 11	230.90
Cajistas de imprentas	73 10	250.90
Encuadernadores de imprentas	73 7	250.10
Operarios de fábricas de calzado	54 0	184.60
Panaderos	61 7	209.40
Motormen de tranvías	58 5	198.60
Guardas de tranvías	55 2	187.60
Marineros (mensual)	162 (incluso comida)	137.70
Fogoneros (mensual)	172 " "	146.20
Peones municipales	50 10 " "	172.84
Peones estables de agricultura	30 7 " "	103.90

NOTA: Los maquinistas de ferrocarriles gozan además de una prima por recorrido

La consignación de algunos salarios y sueldos habituales en la Argentina permitirá establecer una relación de situaciones, que se completará más adelante al demostrar que el costo de la vida en Inglaterra es inferior al costo de la vida en la Argentina. Los salarios consignados han sido deducidos de los empadrona-

mientos levantados por la Dirección de Industrias y Comercio. Para los obreros ferroviarios se toman en consideración las cifras del Ferrocarril del Estado, porque las de los ferrocarriles ingleses, que incluyen las "Estadísticas de los Ferrocarriles", están evidentemente abultadas.

PROMEDIOS DE	Numero del personal	Sueldo mensual
Sueldos y salarios del Ferrocarril del Estado	25.629	\$ 132.40
" " " Industria Textil	20.154	" 91.30
" " " Cervecería	4.433	" 143.60
" " " Extracto de Quebracho	2.253	" 39.40
" " " Dulces y Conservas	2.232	" 112.40
" " " Fábricas de Bolsas	3.128	" 65.50
" " " " " Calzados	11.526	" 132.27
" " " " " Papel	2.137	" 127.90
" " " Industrias varias	99.948	" 119.20
" de peones estables de estancias y agricultura según Dirección de Estad. Rural, en Bs. As.	—	" 56.—
" de los mismos en Entre Ríos	—	" 39.50

Puede concluirse que a igualdad de actividades, las remuneraciones del trabajador inglés son superiores al del argentino en una proporción de superioridad que varía del 70 al 100 o/o.

En la misma publicación de la Oficina Internacional del Trabajo encontramos los precios al menudeo de los principales alimentos que completará el cuadro de holgura en que vive la inmensa mayoría de la población trabajadora inglesa.

VITUALLAS	Precio al menudeo al público en Londres, en Octubre de 1934
Pan Blanco	el kilo \$ 0.29 m/n.
Harina de trigo	" " " 0.30 "
Manteca fresca	" " " 1.93 "
Grasa de vaca	" " " 0.79 "
Carne vacuna 1a. calidad (argentina)	" " " 2.27 "
Carne vacuna 2a. calidad (ar-	

Argentina)	"	"	"	1.03	"	Fideos	"	"	"	0.66	"
Papas	"	"	"	0.14	"	Ciruelas secas	"	"	"	0.33	"
Azúcar refinada	"	"	"	0.36	"	Gas para alumbr. y calef., el met. cúbico	"	"	"	0.10	"
Te	"	"	"	3.35	"	Dos habitac. en Londres, alq. mens. ..	"	"	"	36.55	"
Cacao	"	"	"	1.68	"	" " " Glasgow, " " "	"	"	"	28.40	"
Queso	"	"	"	1.27	"	" " " Leeds, " " "	"	"	"	18.70	"
Arroz	"	"	"	0.32	"						

En Inglaterra un desocupado gana más que la mayoría de los obreros argentinos

Queda aún sin examinar esa enorme multitud de desocupados, sobre los que puede conjeturarse gravita esta extraña prosperidad que consignamos. No nos conmovamos demasiado. Los países civilizados no abandonan sus masas a la impiedad del azar. Eso solamente ocurre en estas nominalmente libérrimas repúblicas sudamericanas. Las grandes masas constituyen el más genuino cuerpo nacional y la preocupación de los estadistas, de cualquier orientación política que ellos sean, se dirige ante todo a ellas en las naciones dignas de ese nombre.

Para sostener, vestir y alimentar a sus desocupados, Bélgica gastó, en 1932, 1.000 millones de francos; Alemania, 3.000 millones de reichsmarks; Suiza, 65 millones de francos; Estados Unidos, 800 millones de dólares, e Inglaterra 49 millones de libras esterlinas, que al cambio de pesos 17, suman 833 millones de nuestra moneda, exactamente el monto de nuestro presupuesto total. Un desocupado inglés es un pensionista oficial de su gobierno en cuya política influye. El tratamiento de los desocupados forma parte de las plataformas de los partidos. El monto semanal de las subvenciones varían con las obligaciones domésticas de cada obrero. Un desocupado con mujer y cinco hijos recibe una subvención de 38 chelines semanales, pesos 127.20 mensuales. El desocupado tiene derecho a trabajar dos días por semana sin que se le suspenda la asignación, y aumentar así sus entradas mensuales.

El desocupado no es un tipo característico de esta crisis. Un millón de hombres es la cifra normal de la desocupación inglesa de post guerra. Yo creo, y si el tiempo me alcanza lo demostraré, que los desocupados constituyen un verdadero ejército de reserva que Inglaterra mantiene para sus industrias de guerra.

La desocupación ha creado un tipo de holgazán muy semejante al que conocimos aquí antes de la crisis. Entremos en relación con uno de ellos. Lo describe Priestley en su "English Journey". Estas pequeñas pinturas psicológicas ayudan a comprender muchas veces un ambiente trazado con números. Escribe Priestley: "La casa número tres, de un barrio municipal, la ocupa un gordo de

ancha risa sin dientes. Tiene mujer y una hija. Los tres son tejedores y están sin trabajo desde hace varios años. De cuando en cuando, el hombre encuentra alguna changuita ocasional, pero no se desvive por encontrarla. Recibe 32 chelines semanales y paga 8 de pensión. El gordo, aficionado furioso al cricket, es un rico tipo, muy pintoresco a ratos. Una vez, en tiempos más felices, compró una cabeza de frenólogo, con gran regocijo de sus vecinos... Lo encontré sumergido en la lectura de "Piedras de Venecia", de Ruskin. Se lamentaba cómicamente de poseer un apetito inagotable y no debía mentir, dado su enorme tamaño. No suponía, probablemente, que según el ministro de Higiene Pública es hombre que vive lujosamente y dudo que el ministro tentase decirselo cara a cara." Este es un desocupado típico del Lancashire, zona que producía antes tejidos para la exportación al extranjero, que ahora Inglaterra no necesita para soldar sus compras.

Qué diferencia entre esa pintura y lo que ocurre entre nosotros. Tengo ante mi vista el Censo de la desocupación, levantado por esa cómica repartición que se denomina Departamento del Trabajo. Según esa investigación el número de hombres parados en la República es apenas de 333.997. Creo que se hubieran aproximado más a la realidad diciendo que ese es el número de argentinos que trabajan con provecho.

Ese censo fue levantado por la policía que fue de puerta en puerta indagando la existencia de haraganes obligados, que todos negaban por temor a que quisieran encarcelarlos o gravarlos con un impuesto. De la seriedad escasa de ese trabajo habla claramente la simple cita de sus clasificaciones gremiales. Según él hay en la República 4.662 desocupados "estudiantes y jubilados"... El censo de 1914, que es el último trabajo aceptable realizado entre nosotros, tasaba en 2.500.000 el número de habitantes sin ocupación fija. No es exagerado suponer que hoy pululan más de tres millones de hombres inactivos que vegetan perseguidos por la policía, la crítica de los diarios y la más indigna miseria.

El pueblo argentino come poco y mal para que Inglaterra se nutra bien

Para contribuir al bienestar inglés, la Argentina envía al Reino Unido el 40 o/o de su exportación de materias primas y alimentos. Según los valo-

res oficiales, nosotros ocupamos el segundo lugar entre los proveedores de Inglaterra. El primero pertenece a Norteamérica, que envía productos por

valor de 83 millones de libras, en 1932. Nosotros contribuiríamos a los consumos ingleses en relación al 7,23 o/o del total. Pero este es un dato falso. Es falso porque no refleja el volumen de las mercaderías y materia prima que le remitimos. Y no lo refleja porque el precio que Inglaterra nos paga a nosotros es muy inferior al que paga a sus otros restantes proveedores. Omitamos, pues, tomar los valores y atengámonos a las cantidades. En 1933, la Argentina remitió a Inglaterra:

307.000 toneladas de	carne vacuna y ovina
42.847 "	" lana, sucia y lavada
8.000 "	" manteca
12.388 "	" cueros secos y salados
131.000 "	" avena
129.674 "	" cebada
103.396 "	" lino
312.119 "	" maíz
215.670 "	" trigo
19.509 "	" harina
195.525 "	" afrecho
2.537 "	" cueros lanares
24.052 "	" extracto de quebracho
200.000 "	" varios (80 o/o de lo que salió a órdenes)

4 853.697 toneladas

Los diarios anuncian como signo auspicioso que nuestra exportación aumenta. Las ganancias provenientes de ese incremento exportado servirán, ante todo, para aumentar las ganancias girables de los capitales ingleses aquí invertidos. El pueblo inglés comerá más y sus rentistas ganarán más. Ya volveremos sobre el mecanismo financiero inglés que actúa entre nosotros como principal bomba aspirante e impelente de nuestros frutos. Aspirante para sacarlos de nuestra dominio, impelente para remitirlos a su tierra. Atengámonos por ahora a las cifras ratificadas de 1933.

Ante esos volúmenes prodigiosos de mercadería exportada una interrogación elemental se formula casi automáticamente: ¿Es tan grande la capacidad productora argentina? ¿La materia exportada constituye un excedente real, un sobrante que resta después de cubrir las necesidades de su propio pueblo? ¿O son alimentos burdados a su pueblo, energías escamoteadas?

Establezcamos algunas correlaciones que nos orienten para cotejar tipos de alimentación.

El cálculo, por cabeza, en ambos países, Inglaterra y Argentina, ha sido realizado por mí, escrupulosamente. Los consumos globales los he extraído de fuentes indeneables: "The Statesman's Year Book 1934", "World of Facts, 1934" en cuanto a Inglaterra y "Boletines" de la Dirección General de Estadística y Economía Rural, los informes de la Comisión de Control de Carnes y la "Revista de Estadística Municipal" en cuanto a la Argentina. El consumo medio anual en Inglaterra de carne, pescado y frutas, los he copiado de un informe oficial redactado por Carlos Alberto Pardo, publicado por el Consulado General de la Argentina, en Londres.

CONSUMOS ANUALES POR CABEZA

Consumo de carne

Inglaterra	66 kgs. 720
Argentina	69 kgs. 800

El promedio del consumo de carne exige un comentario. El promedio inglés puede aceptarse como un verdadero término medio, puesto que el consumo londinense, según manifestaciones del gerente del Mercado de Smithfield, coincide aproximadamente con esa cifra.

Pero en la Argentina sucede lo contrario. La ciudad de Buenos Aires tiene un consumo extraordinario de carne de 130 kgs. 820, uno de los mayores del mundo, quizá para compensar la escasez o la ausencia de otros alimentos. El promedio del interior de la República, es decir el promedio de lo que consumen 10.000.000 de argentinos es apenas de 55 kgs. 456, cantidad notablemente escasa porque no es compensada con otro producto nutritivo. Hay algunas provincias muertas de hambre. Jujuy consume 43 kgs. 800; La Rioja, 27 kgs.; Catamarca, 26 kgs., y Santiago del Estero tan solo 19 kgs. 600. Esos guarismos miden la anemia, la decrepitud, la degeneración de varios cientos de millares de argentinos. Insistiremos sobre el tema con el anexo de una autoridad. Prosigamos enumerando los promedios de consumo.

	Inglaterra	Argentina
Pescado	19 kg. 000	3 kg. 500 (probable)
Trigo	173 .. 330 (1933)	143 .. 000 (1934)
Azúcar	46 .. 170 ..	26 .. 250 (1933)
Papas	104 .. 530 ..	63 .. 450 ..
Avena	47 .. 330 ..	23 .. 330 (1931)
Queso	3 .. 400 ..	1 .. 325 (cálculo oficial)
Manteca (11 kg. en 1934)	9 .. 850 ..	0 .. 912 ..
Frutas	45 .. 310 ..	?
Huevos	110 huevos ..	?
Cacao	1 kg. 850 ..	0 kg. 360 (1934)
Café y té	4 .. 250 ..	1 .. 787 ..
Maíz	55 .. 390 ..	84 .. 000 (1934)

En la Argentina, los índices demográficos son pavorosos

Estas cifras ya insinúan la tragedia alimenticia argentina: el pueblo argentino come poco y vive mal para que el pueblo inglés coma mucho y viva bien. El enervamiento de nuestras energías, en beneficio de las energías inglesas, se traduce inmediatamente en todos los índices vitales observables.

El promedio de la duración de la vida humana es en Buenos Aires de 38 años 4 meses. En Londres es de 53 años 6 meses. Datos oficiales. O expresado de otra manera, para mostrar que el promedio inferior en Buenos Aires no es debido exclusivamente a la elevadísima mortalidad infantil local:

De cien personas que nacen:

Al cumplir 19 años viven aún en Londres 81, en Buenos Aires viven aún 69.

Al cumplir 29 años viven aún en Londres 77, en Buenos Aires viven 58.

Al cumplir 39 años viven aún en Londres 72, en Buenos Aires viven aún 48.

Al cumplir 49 años viven aún en Londres 63, en Buenos Aires viven aún 36.

Al cumplir 59 años viven aún en Londres 49, en Buenos Aires viven aún 25.

El promedio de la vida porteña es muy elevado con relación al interior. En San Juan el término medio de la vida humana es de 24 años 8 meses, debido casi exclusivamente a alimentación miserable: 100 gramos de carne por día y seis cucharadas de leche.

Partiendo del análisis de las estadísticas hemos deducido una realidad argentina lamentable. Escuchemos ahora a un estudioso directo de esa realidad. Transcribiremos algunos párrafos de un libro espeluznante, "Alimentación", escrito, no por un político ni por un estadista, sino por un médico especializado en esa materia, el Dr. Pedro Escudero. "En Buenos Aires una familia compuesta de cinco personas no puede comer el mínimo necesario para vivir con el apoyo que significa un salario de cinco pesos. Como la mayoría de la masa obrera no los gana, se infiere lógicamente que no podrá alimentarse para mantener la salud y asegurar la conservación de la raza". (Pág. 166).

"Lo que más claramente muestra la conse-

cuencia de una alimentación defectuosa en las generaciones argentinas es el estudio de su debilidad constitucional. La falta de talla, de peso corporal y del perímetro de tórax que se exige para ingresar en las filas del ejército afirma la degeneración del individuo y en cuanto la proporción llega a ciertos límites confirma la degeneración de la raza. Sobre 426.944 argentinos de 20 años, se hallaron 43.041 comprendidos en la categoría de individuos inferiores, lo que afirma que más del 10 o/o de todos los conscriptos del país eran sujetos inferiorizados por degeneración." (Pág. 181).

"Del estudio de una estadística confeccionada por la Sanidad del Ejército se obtienen conclusiones de valor probatorio indiscutible. De ellas se deduce que el 30 o/o de todos los conscriptos militares del país son defectuosos físicamente. De ese enorme grupo de enfermos el 34 o/o presenta signos de degeneración física como consecuencia de la subalimentación de sus padres y abuelos." (Pág. 188).

"Los salarios bajos explican que la subalimentación sea la regla en más del tercio del país y explica también nuestras características biológicas, tan inferiores a las de los grandes pueblos civilizados, la elevada mortalidad infantil, el bajo promedio de la vida en general, el menor vigor que el nativo tiene comparado con el extranjero que convive con él, el alto porcentaje a la edad en que el hombre produce y la mujer procrea, son la consecuencia de una alimentación insuficiente e incompleta." (Pág. 267).

La contemplación de la pavorosa realidad, arranca al doctor Escudero meditaciones bien tristes para nosotros. "La subalimentación, en que vive la mayoría del pueblo argentino, es el régimen alimenticio de los esclavos y ha sido la forma en que los hombres fuertes han sometido siempre a sus semejantes. No se conoce fuerza más dominante y eficaz que la alimentación insuficiente. Los organismos más vigorosos, los espíritus más rebeldes y los cerebros más luminosos se apagan lenta y fatalmente como una lámpara que consume su aceite". (Pág. 167).

"Surgirán, alguna vez, pregunta, argentinos de mente clara, de espíritu sereno y fuerte que comprendan este problema y lo resuelvan?"

El efecto del descenso de la renta inglesa fué soportado por la Argentina

Demostrado que los salarios y sueldos ingleses, aunque han disminuído en un 5 o/o en valor nominal han aumentado su poder adquisitivo en un 11 o/o, queda por analizar la situación de una clase muy numerosa en Inglaterra, la de rentistas en general, rentistas de explotaciones agropecuarias, rentistas de fondos públicos ingleses y rentistas de valores extranjeros.

De la opulencia inglesa es un buen índice su enorme consumo de bebidas alcohólicas, que aumenta de año en año. Según cálculos de la Alianza del Reino Unido en 1935 se gastaron en bebidas alcohólicas 237.732.000 libras esterlinas, es decir, la fantástica suma de \$ m.n. 4.041.444.000, o sean casi cien pesos anuales por cabeza en bebidas solamente. Lo gastado en 1935 excede en

8.703.000 libras a las mismas cifras de 1934. (Telegrama de "La Prensa", 3 abril de 1936). Pero sigamos examinando el panorama numérico de Inglaterra.

La renta nacional inglesa ha sufrido una contracción del 15 por ciento, contracción en nada semejante a la sufrida por la renta argentina, cuyo quebranto puede tasarse en el 50 o/o. Clark en "The National Income", estima que la renta inglesa sufrió las siguientes variaciones: en 1929 fué de 3.996 millones de libras equivalentes a \$ 1.509 m/n. por cabeza y por año. En 1930 descendió a 3.938 millones de libras; en 1931, 3.499 millones y fué de 3.380 millones de libras en el año 1932.

El 67 o/o de esas rentas lo constituyen salarios y sueldos, cuyos usufructuarios, como, hemos visto, han mejorado de condición en el correr de estos años. El 33 por ciento de la renta nacional inglesa restante es el caudal que exactamente corresponde a esa clase denominada rentista.

Estudieemos los tres tipos indicados. Terminaremos de demostrar así incontrovertiblemente que la llamada crisis inglesa es una burda mentira, tramada para engañar a los pueblos ingenuos como el nuestro.

Los agricultores ingleses no han sufrido la competencia de nuestros precios de liquidación. Sus cereales están defendidos por un arancel aduanero del 10 o/o ad valorem y por una tasa a nuestro trigo, exclusivamente, de 2 chelines por quintal (exactamente; 2 ch. por 448 libras) es decir, \$ 8.00 por tonelada, aproximadamente. Con ese arancel a nuestro trigo se integra un fondo que en parte se distribuye como subvención retributoria a los agricultores ingleses. En el año 1932 se les distribuyeron 4.197.000 libras,

que al cambio de \$ 17 por libra da la enorme suma de pesos 71.349.000. En 1934 lo distribuido aumentó a 5.342.000 libras (es decir \$ 80.797.000. Eso ocurría en el mismo año en que nuestro gobierno, por diferencias de cambio hurtaba a la producción nacional 100 millones de pesos anuales.

El ganadero inglés no ha sufrido en ningún momento la competencia de las carnes argentinas, enfriadas y congeladas.

La carne inglesa está defendida por su calidad, su prestigio ante el consumidor y el gusto del público. La carne inglesa se vende al menudeo en Londres como de primera calidad a 34 peniques el kilo, \$ 2.42 m/n. Y la carne argentina, llamada de segunda calidad, vale 16 peniques el kilo, \$ 1.12 m/n. Estos precios corresponden al mes de enero de 1933.

De los rendimientos de los títulos internos no nos corresponde hablar. La contracción del mercado monetario dió una ganancia próxima al 15 por ciento a los propietarios de dinero, y una merma en las cotizaciones de los títulos de casi el 25 o/o. Pero esa es merma que en nada afecta a las rentas las que permanecieron invariables. La constancia de las rentas y el descenso del costo de la vida se aliaron así en una mayor comodidad del rentista inglés.

Las rentas provenientes del exterior sí que sufrieron un quebranto fuerte y bajaron de 484 millones de libras en 1929, a 331 en 1932 y 260 en 1933. La disminución de las rentas exteriores es una consecuencia, en primer lugar, de la moratoria defensiva a que se acogieron todas las naciones dirigidas por gobiernos dignos de ese nombre y de cuyo número la Argentina no formó parte.

Las rentas inglesas netas provenientes del exterior en millones de libras esterlinas fueron:

	1929	1930	1931	1932	1933
Rentas del Estado provenientes del extranjero ..	24	19	14	25	—
Renta de la marina mercante	139	105	80	70	65
Renta de las inversiones en los países de ultramar	250	220	170	145	155
Rentas de los préstamos a corto plazo y comisiones	65	55	30	25	30
Otras rentas	15	15	10	15	10
Total de rentas exteriores	484	414	304	231	260

Este descenso de las rentas exteriores, fué el problema más grave que se les presentó al comienzo de la crisis a los economistas ingleses, porque desequilibra la siempre favorable a Inglaterra balanza de pagos. El problema es este: entre las mercaderías que vende y las que compra hay una diferencia en contra de Inglaterra, que hasta 1930

se cubre con las rentas provenientes del exterior y que dejan aún un excedente de ganancia, o sean más capitales para seguir prestando. Ese movimiento de compra, venta y de réditos se expresa en los siguientes números que componen los balances oficiales de pago, publicados por el Board of Trade:

Balances de pagos de Inglaterra, en millones de libras esterlinas:				
	1927	1928	1929	1930
Importaciones Inglesas	1.225	1.205	1.229	1.052
Exportaciones Inglesas	839	853	843	666
Déficit a cubrir	386	352	381	386
Rentas del exterior	469	475	484	414
Saldo a favor de Inglaterra	83	122	103	28

Si las rentas exteriores decrecen, para no contraer deudas que disminuirían el patrimonio nacional, Inglaterra debe disminuir sus consumos, rebajar el "standard" de vida de su población, importar menos carne, menos trigo, menos avena, menos lana, menos algodón, pero esa es solución que no se aviene con su noción de pueblo fuerte, con su orgullo de nación imperial. El quebranto de

las rentas inglesas deberá ser soportado por otras naciones, no por Inglaterra, y la inteligencia inglesa blande como un arma lo que constituye la mayor debilidad inglesa: su incapacidad para alimentarse a sí misma, es decir, su obligación de ser la mayor importadora de alimentos y materia prima.

Para abaratar sus consumos, Inglaterra hizo envilecer los precios con los productos argentinos

Con sus pequeños satélites Holanda y Bélgica, también grandes importadores de materias primas, Inglaterra constituye el llamado enfáticamente "mercado internacional", cuyas cotizaciones se regulan enteramente desde Londres. Inglaterra es comprador obligado y poco puede influir en las cotizaciones el comprador necesitado. Pero Inglaterra tiene otra arma a mano: un país productor que depende enteramente de ella, un país todas cuyas riendas están bajo su contralor absoluto, un país cuyo jefe acaba de ser derrocado por un grupo de audaces sin popularidad, un país cuyos ferrocarriles son ingleses, cuya deuda pública reside en gran parte en Inglaterra, un país cuyos dirigentes consideran un honor defender los intereses de las compañías inglesas, un país cuyas manufacturas son en su mayoría propiedad de ingleses, cuyos frigoríficos son ingleses, cuya principal firma exportadora de cereales, Bunge y Born, se mudó de Londres sólo para escapar al Income Tax, un país sin organizaciones gremiales, un país cuya juventud ignora los más elementales principios de economía y cuyos entendidos están todos al servicio de Inglaterra, un país sin más conciencia nacional que un sentimentalismo difuso y declamatorio. Inglaterra tiene en su mano a la República Argentina.

Con los productos argentinos Inglaterra puede quebrar la resistencia de sus colonias y abaratar sus imprescindibles consumos. Rebajará así el valor de las importaciones sin disminuir su volumen y la balanza de pagos inglesa volverá a equilibrarse y aún a dar superávit.

Nuestros productos envilecidos invaden los mercados europeos, y los mercados europeos aterrizados nos repudian. Nuestros precios hacen crepitar la compensación que los países capitalistas necesitan sostener a toda cosa para evitar que el

acreedor se devore al deudor. Aranceles nunca vistos se alzan para detener la ola de nuestros productos, la competencia desleal, el "dumping" más escandaloso que vió la historia y a que nos obligó Inglaterra con su juego en el llamado "mercado internacional", que en resumidas cuentas se reduce a las plazas de Amberes, Bruselas y Londres.

Alemania vota de inmediato un arancel defensivo de 250 marcos por tonelada al trigo argentino. Estados Unidos, 42 centavos de dólar por bushel de 60 libras. Francia uno de 80 francos por quintal. Checoslovaquia 550 coronas por tonelada. Portugal prohíbe expresamente la importación. Los otros granos argentinos suscitan resistencia semejantes. Y hasta Inglaterra para amparar, no a sus agricultores, a los que resarce de pérdidas con las subvenciones, nos somete a un arancel de 80 centavos argentinos por quintal, a favor de sus colonias, que están libres de él.

Junto con las vallas aduaneras, nuestra política de exportación levanta un mundo de protestas. Las revistas están llenas de airados reproches contra el "dumping" que los productos argentinos realizan en el "mercado internacional". "La Argentina está haciendo deliberadamente "dumping" con su trigo, que se vende a aún menor precio que el maíz, y este trigo a vil precio está siendo barajado por quienes Uds. llaman los grandes manipuladores, para deprimir el nivel de valor en todo el mundo." Así escribe el técnico canadiense J. Mac Farland, director del Pool Triguero de ese país y agrega esta acusación, grave porque proviene de fuente imparcial: "¿Qué quieren Uds., que hagamos nosotros los canadienses si la política del gobierno argentino es la de precipitar las ventas e imponer volúmenes de trigo y de maíz en los mercados mundiales superiores a las necesidades

del consumo? Mucho me temo que por ahora no haya medios para contrarrestar tal actitud". La inteligencia inglesa obra así a través de las decisiones del gobierno argentino.

Mientras tanto, el menosprecio de los principales productos de exportación hunde a los agricultores y a los ganaderos y junto con ellos a todo el pueblo argentino. El deudor es absorbido por el acreedor directo y el acreedor directo por el acreedor mayor que, en resumidas cuentas, es siempre el capital extranjero, en su inmensa mayoría inglés. Los monopolios se desarrollan con una exuberancia y una insolencia nunca vista, bajo la protección desembozada de estos gobiernos que, además de ser sospechosamente responsables, están asesorados por leguleyos con aires de financieros, ignorantes voluntarios y quizás interesados de las leyes fundamentales de la economía. La superproducción es la causa pública que se ofrece como explicación en la Argentina de la decrepitud de los precios. Pero la gran cosecha triguera de 1930 ya

no gravita en 1935 y, en último caso, no explica la caída del maíz, de la avena, del fino, de los cueros y de la carne, por las que se ofrece hoy la tercera parte de oro de lo que se ofreció en los años anteriores a la guerra mundial.

Lo indudable es que Inglaterra come cada vez más opíparamente, aumenta sus consumos de alimentos, vive con una esplendidez que nunca conoció antes, paga cada vez menos y todavía hace como que nos protege oficialmente. El artículo 10. del Tratado de Londres, dice textualmente: "El Gobierno del Reino Unido, reconociendo plenamente la importancia que la industria de la carne vacuna enfriada "chilled beef" tiene en la vida económica de la República Argentina no impondrá ninguna restricción en las importaciones al Reino Unido..." Es decir que Inglaterra nos ampara comiendo más y pagando cada vez menos. ¿Qué infames gobiernos son estos que nos impusieron los ingleses a los ciudadanos argentinos!

La absorción financiera inglesa que sufre la Argentina aumentó con la crisis

En 1929 por nuestra exportación a Inglaterra, Inglaterra nos abrió créditos por valor de 697 millones de pesos moneda nacional. En 1933 el valor de nuestra exportación a Inglaterra descendió a 410 millones, habiendo aumentado en volumen.

Pero el problema no hay que verlo así. El problema debe plantearse de otra manera. Según cálculos conscientes y honestos, el 50 olo de nuestra deuda total interna y externa, está radicada en Inglaterra. En 1929 saldábamos la parte corres-

pondiente a Inglaterra de esa deuda con la sexta parte de la cosecha de trigo. En 1931 debimos entregar las dos terceras parte de la cosecha de trigo. El ministro de Hacienda del gobierno revolucionario prefirió, o lo prefirió Inglaterra, remitir al exterior 200 toneladas de oro extraído a la par, ilegalmente, de la Caja de Conversión. En 1933, la cosecha de trigo alcanzó apenas para saldar la alícuota inglesa en el servicio de la deuda pública. Resumamos:

	Servicio de la deuda pública argentina	Servicio de la deuda argentina radicada en Inglaterra, 50 olo del total	Valor de las cosechas argentinas de trigo exportadas
1928	207.503.288	102.751.000	631.000.000
1930	231.979.000	115.989.000	208.000.000
1931	244.801.000	118.400.000	208.000.000
1932	288.043.486	144.021.000	226.000.000
1933 (1)	384.000.000	192.000.000	226.000.000

(1) Incluso primas de conversión.

El mismo fenómeno de absorción ha ocurrido con las rentas de las otras inversiones inglesas. En 1929 el pago de los dividendos ferroviarios (pesos 225.000.000, según ellos), nos llevó todos los créditos obtenidos con la venta de la lana (pesos 150.000.000 m/n.). En 1932, aunque las ganancias ferroviarias han descendido hasta \$ 81.719.481 moneda nacional, según ellos, el giro de esa cantidad nos exige toda la cosecha de lana (75.658.693 pesos moneda nacional), todas las frutas frescas

exportadas (\$ 1.288.000 m/n.), todas las animas los vivos exportados (\$ 4.300.000 m/n.).... y así sucesivamente. El año 1933 las ganancias ferroviarias inglesas suben a \$ 95.309.525 m/n., pero eso no impide que en 1934 los ferrocarriles ingleses profundan aniquilar la competencia del transporte automotor mediante un monopolio apenas disimulado bajo el título de "Coordinación de Transportes", monopolio al que el llamado gobierno argentino presta su apoyo más decidido.

Con la caída de los precios de las materias primas y de los alimentos y la inmovilidad de los capitales que se dicen invertidos aquí, y no son más que la capitalización a favor de Inglaterra del trabajo argentino, Inglaterra conquista gratuitamente todos los productos que necesita de nosotros, doblega los precios de los países competidores, y así su balanza de pagos ha vuelto a normalizarse.

Inglaterra ajusta aún más el mecanismo

Pero hay más aún. Aprovechando nuestra decrepitud, el ya casi inmovible predominio de Inglaterra entre nosotros se consolida y acrecienta. A los monopolios ya poseídos agrega otros nuevos: el monopolio de los vinos, el monopolio de los transportes y el monopolio de nuestra moneda que, bajo la máscara apenas ingenua del Banco Central, planeó el señor Otto Niemeyer y le fué concedido por gobernantes a los que ya no se puede censurar sino con la acción.

Perfeccionado el mecanismo de la dominación, una probable guerra en que intervenga Inglaterra será para nosotros, desde el punto de vista comercial, tan improductiva como la pasada guerra mundial. Entonces Inglaterra no tenía más armas que sus barcos y sus ferrocarriles, y algunos monop-

Balanzas de pago de Inglaterra en millones de libras esterlinas:

	1931	1932	1933
Importaciones Inglesas	569,7	711	689
Exportaciones Inglesas	461,3	422	416
Déficit a cubrir	408,4	289	264
rentas del exterior	304	220	260
Saldos en contra de Inglaterra—	104	—59	—4

financiero que encadena a la Argentina

lios sueltos. Con ellos se manejó tan bien que impidió que realizáramos ganancias a su costa. El alza internacional de los precios era entre nosotros insuñido casi enteramente por el incremento de los fletes. El flete ferroviario del trigo, que era de \$ 3.89 m/n., por quintal, en 1900, subió a pesos 11.67 m/n., en 1920 para una distancia de 300 kilómetros. Y algunos fletes navieros se cotizaban hasta treinta veces sobre su valor nominal, cuando el precio extraordinario del producto requerido por Inglaterra lo exigía. En su excelente libro "La crisis", el Dr. José Bianco dice que los fletes nos insuñían, en 1914, el 7.55 o/o de nuestra exportación total y en 1915, segundo año de guerra, el 25.78 o/o, y resume sus datos en el siguiente cuadro:

Años	Toneladas exportadas	Valor en \$ oro	Fletes marít calcul. en \$ o/s.	o/o
1914	7.538.871	349.254.141	26.357.133	7,55
1915	10.361.507	558.280.643	143.937.637	25,78

En "Balance de pagos para el año económico 1916-17", don Carlos Alfredo Tornquist, dice: "Es notoria la enorme suba que los fletes han experimentado ya desde 1916, habiendo llegado los de los cereales a más o menos 12 veces el importe que se pagaba antes de la guerra, cotizándose de 140 a 150 chelines, por tonelada, contra unos 12 chelines en 1913. En algunos productos, los fletes alcanzaron cifras verdaderamente fantásticas, habiendo sucedido el año pasado que el transporte de cueros vacunos secos a puertos del Mediterráneo costara cerca de 1.000 francos la tonelada, contra unos 50 francos en los tiempos de paz."

He dado una idea rápida de las relaciones que nos unen a Inglaterra. Hubiera deseado exponer con precisión los detalles y el funcionamiento del sistema financiero con que Inglaterra nos domina: ir desentrañando sus trampas, sus agachadas, sus mentiras, recorrer el juego bancario y el sistema de dominación ferroviario con que nos mantiene en el primitivismo para evitar competencia a sus

manufacturas. Hubiera deseado dar una idea de las consecuencias psicológicas y espirituales de la dominación económica y de su estrecha conexión: mostrar cómo la aniquilación intelectual facilita y asegura la explotación mercantil. Pero el tiempo ha sido corto. No debemos pretender enmendar en una hora los enjuagues que otros hicieron en varios años. Creo haber disipado una falsedad, y mostrado hasta qué punto dependemos de Inglaterra. Nuestra liberación será obra de nuestra constancia, de nuestra fe y de nuestro valor. Saber que se está construyendo una patria es un estímulo bien grande para nuestras pequeñas vidas. Mas no olvidemos que toda obra grande es producto de la acción, no de la meditación ni de la esperanza. La propiedad y la libertad se conquistan. Estos números y estas palabras no quieren ser más que la piedra de afilar de las armas que nos fundarán una patria.

RAUL SCALABRINI ORTIZ

CUADERNOS DE F.O.R.J.A.

Redacción: LAVALLE 1725 — U. T. 35 Libertad 2128

Díjase la correspondencia a nombre del Secretario de Redacción de
"CUADERNOS DE F.O.R.J.A."

PRECIO DEL EJEMPLAR: 10 CENTAVOS

Precio por paquetes de 10, 20 o más ejemplares, a 5 centavos el ejemplar,
porte pago. — Remítase los pagos del interior por giro postal o en
estampillas.

Pida ejemplares de "CUADERNOS DE F.O.R.J.A.",
en todos los kioskos y librerías de la Capital y del Inte-
rior. — Resérvense paquetes para las ediciones siguien-
tes, con objeto de ajustar las tiradas.

AFILIESE A F.O.R.J.A.

A LOS FORJISTAS:

Para los forjistas, no basta con leer CUADERNOS de F. O. R. J. A. Es necesario que los hagan circular profusamente. A ese efecto, se ha dispuesto la venta en paquetes de diez y veinte ejemplares, a precio reducido, con cuya adquisición y distribución, cada forjista en el círculo de sus relaciones podrá hacer la más eficaz propaganda. Cumplir con este deber es un imperativo cívico de las circunstancias, porque la buena nueva de F. O. R. J. A. debe llegar instantáneamente a todos los ámbitos de la República.